EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA AYACUCHO (HISTORIA DE AMÉRICA.

I—II. Memorias de O'Leary: Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas.

III. Memorias de O'Connor: Independencia Americana.—5,00 pesetas.

IV. Memorias del General José Antonio Páez: Autobiografía. —7,50 pesetas.

V. Memorias de un Capitán del Ejército Español, por el Capitán Rafael Sevilla. 5 pesetas.

VI-VII. Memorias del General García Camba. Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú. 7,50 pesetas.

VIII. Memorias de un oficial de la Legión británica: Campañas y Cruceros.—4 pesetas.

IX. Memorias del General O'Leary: Ultimos años de la vida pública de Bolívar. - 7,50 pesetas.

X. María Graham. Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823). - Trata de San Martín. Cochrane. - O'Higgins. 7,50 pesetas.

XI. Memorias del Regente Heredia.—Monteverde. Bolívar.—Boves. Morillo. 4,50 pesetas.

XII. Memorias del general Rafael Urdaneta. — 7,50 pesetas.

XIII. Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV. Memorias de Urquinaona.—7 pesetas.

XV. Memorias de William Bennet Stevenson.— 5,50 pesetas.

XVI. Memorias póstumas del general José María Paz.—8 pesetas.

XVII. Memorias de Fray Servando Teresa de Mier. 8 pesetas.

XVIII. La creación de Bolivia, por Sabino Pinilla. 7,50 pesetas.

XIX. La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX. Cuadros de la Historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Gua-

RAFAEL MARÍA BARALT

LETRAS ESPAÑOLAS

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

RAFAEL MARÍA BARALT

LETRAS ESPAÑOLAS

(PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX)

PRÓLOGO DE D. RUFINO BLANCO-FOMBONA

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500770511

Russell P. Sebold
DONACION

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

DRPS
FA
757

EDITORIAL-AMERICA

BIBLIOTECA AYACUCHO (HISTORIA DE AMÉRICA.

I—II. Memorias de O'Leary: Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas.

III. Memorias de O'Connor: Independencia Americana.—5,00 pesetas.

IV. Memorias del General José Antonio Páez: Autobiografía. —7,50 pesetas.

V. Memorias de un Capitán del Ejército Español, por el Capitán Rafael Sevilla. 5 pesetas.

VI-VII. Memorias del General García Camba. Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú. 7,50 pesetas.

VIII. Memorias de un oficial de la Legión británica: Campañas y Cruceros.—4 pesetas.

IX. Memorias del General O'Leary: Ultimos años de la vida pública de Bolívar. - 7,50 pesetas.

X. María Graham. Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823). - Trata de San Martín. Cochrane. - O'Higgins. 7,50 pesetas.

XI. Memorias del Regente Heredia.—Monteverde. Bolívar.—Boves. Morillo. 4,50 pesetas.

XII. Memorias del general Rafael Urdaneta. — 7,50 pesetas.

XIII. Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV. Memorias de Urquinaona.—7 pesetas.

XV. Memorias de William Bennet Stevenson.— 5,50 pesetas.

XVI. Memorias póstumas del general José María Paz.—8 pesetas.

XVII. Memorias de Fray Servando Teresa de Mier. 8 pesetas.

XVIII. La creación de Bolivia, por Sabino Pinilla. 7,50 pesetas.

XIX. La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX. Cuadros de la Historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI. Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri.—8 pesetas.

XXII-XXIII. Vida de Don Francisco de Miranda. General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra.—Dos volúmenes á 8 ptas. cada uno.

XXIV. Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pts.

XXV. El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII. Memorias del General Miller.

RAFAEL M
BARALT

LETRAS
ESPAÑOLAS

ptas.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

RAFAEL MARÍA BARALT

LETRAS ESPAÑOLAS

(PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX)

PRÓLOGO DE D. RUFINO BLANCO-FOMBONA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
—
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

FL DRFS FA/0757
05007705 11

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca André s Bello (literatura)

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

LETRAS ESPAÑOLAS

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela), y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—José Enrique Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI —Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas. (Un grueso volumen de 448 páginas.)
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo y cuentos frágiles.*
XXXIV.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías y Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas.* (*Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolsttoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. García Godoy: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.
XXXVIII —Alvaro Armandó Vasseur: *El Vino de la Sombra.* 2,75 pesetas.
XXXIX.—Juan Montalvo: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades) y Un vejestorio ridículo ó los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI.—José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero.*
XLII.—R. Blanco-Fombona. *Cancionero del amor infeliz.*—2,50 pts.
XLIII.—Rafael María Baralt: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX.)

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

RAFAEL MARÍA BARALT

LETRAS ESPAÑOLAS

(PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX)

Prólogo de D. RUFINO BLANCO-FOMBONA

Russell P. Sebold
DONACIÓN

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA
Nº COPIA.....

BARALT

El 3 de Julio de 1810 nació Rafael María Baralt en la ciudad de Maracaibo. Nació, pues, el mismo año y casi por los mismos meses que la revolución de independencia venezolana (19 de Abril de 1810), revolución de que iba á ser el más ilustre y brillante historiador.

Su padre, de profesión militar, fué el coronel don Miguel Antonio Baralt. Su madre se llamó doña Ana Francisca Pérez: padre y madre, personas de distinción en la sociedad á que pertenecían.

Nacido con la revolución, la revolución obligó á la familia de Baralt á emigrar á una de las Antillas. Hasta los once años, es decir, hasta el año de la victoria de Bolívar en Carabobo—1821,—habitó Baralt en Santo Domingo. En Maracaibo vivió y estudió desde 1821 hasta 1826. En 1826, ya contando diez y seis años, lo llevó un tío suyo, D. Luis Baralt, á Bogotá, en cuya universidad cursó Latinidad, Filosofía y Derecho.

Antes de graduarse de abogado, regresó á su Venezuela nativa.

Partidario de la separación de Venezuela y Nueva Granada,—países á los que el Libertador uniera, para constituir con ellos dos y con el Ecuador la República de Colombia,—hace en 1830 á las órdenes del general Mariño una cruenta campaña separatista sobre la frontera venezolana. En 1831 era teniente.

Empleado modesto en el ministerio de Guerra venezolano, seguía al propio tiempo un curso de Matemáticas en la Escuela militar de la República.

En 1835 estalló una rebelión llamada de La Reforma, *contra el Gobierno existente, y Baralt salió á campaña para combatir á los rebeldes. De esa campaña regresó, triunfante, con el grado de capitán de artillería. Aquí se detuvieron las aventuras militares de Baralt, que se entregó de lleno, desde su recobrado puesto en el ministerio de Guerra y Marina, á aquello para que nació tan maravillosamente dotado por la Naturaleza: se entregó á escribir. De entonces datan sus primeros trabajos: entre ellos* El árbol del buen pastor, *que Menéndez Pelayo califica de "idilio en prosa", y considera rebosante de poesía.*

Laborioso como lo fué siempre, ya en 1841, á los treinta años, había escrito—con los documentos suministrados por su colaborador (por su colaborador exclusivamente en punto á documentos) D. Ramón Díaz, y los datos que le proporcionaron Urdaneta, Páez, Salom, José Feliz Blanco y otros supervivientes de la epopeya boliviana—el Resumen de la historia antigua y moderna de Venezuela. *Esta obra es, como se sabe, en cuanto historia, el libro clásico de Venezuela, y en cuanto literatura, uno de los que entran en la docena de libros más hermosos del habla castellana. En ninguna de sus demás obras Baralt—como elegancia y concisión de lengua,—llega tal vez á la altura á que alcanzó en su grande obra primigenia, aunque Menéndez Pelayo escriba: «La obra maestra de Baralt es, sin duda, su discurso de entrada en la Academia Española; discurso que, á nuestro juicio y sin ofensa para nadie, no cede á ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado.»*

Ya casado en Caracas con doña Teresa María, se traslada Baralt á París en 1841, para imprimir su Historia, *y en París la saca á luz ese año. Allí mismo colabora con el sabio Agustín Codazzi en la preparación y estampación de la* Geografía *de nuestra república.*

En 1842 retorna á Venezuela. Pronto se embarca de nuevo para Europa: va á Londres en la misión diplomática del doctor Alejo Fortique, misión que tenía por objeto primordial el arreglo de límites de nuestra Guayana con la Guayana inglesa.

De Londres pasó á Sevilla en 1843, siempre en servicio de la patria, para la búsqueda de documentos

comprobatorios de nuestro derecho en la disputa de fronteras.

Cumplido su encargo, resolvió quedarse en España. ¿Por qué se quedó? Podríamos asegurar que por dos razones: primera, por ser el de España mejor campo que el patrio para el cultivo de las letras, y luego, por las hostilidades que levantó la Historia de Venezuela, *en donde Baralt, sin contemporizaciones á los vivos ni á los muertos, dijo la verdad á todos, comenzando por Páez, entonces todopoderoso como jefe del partido conservador y árbitro de la República.*

En la Península escribió mucho y se mezcló mucho en política. Figuró, primero, en el partido progresista, y luego en la Unión liberal, que eran los partidos avanzados en la España de entonces. Redactor principal de El Siglo, *de Madrid, y redactor asimismo, en otras ocasiones, de* El Tiempo *y* El Espectador, *madrileños también, Baralt batalló, en épocas muy sombrías, por las ideas liberales que aprendió en América. Difundió cuanto pudo en España el espíritu de la libertad, de que acababa de hacer la apología en aquella obra de historia donde resplandece la figura de Bolívar, el Libertador ó héroe de la libertad por antonomasia.*

El año de 1849 apareció en Madrid (Imprenta de la calle de San Vicente, á cargo de D. Celestino G. Alvarez) *su obra sobre* La libertad de imprenta. *Lleva un prólogo de Nemesio Fernández Cuesta, y la constituyen—recuerda Víctor Antonio Zerpa, biógrafo americano de Baralt—artículos trascendentales que Baralt fué dando á la estampa en* El Siglo, *desde el 11 de Febrero hasta el 24 de Marzo de 1848. Es obra de importancia para la historia de las ideas liberales en España, é interesa en todas partes por su médula y su jugo ideológicos.*

Otra obra de ese mismo año es la titulada Los partidos políticos en España. *En ella vincula Baralt la fuerza de resistencia al espíritu de progreso político en el general Narváez, y una más amplia comprensión del gobierno de los pueblos modernos en el general Espartero.*

Esta obra aparece en una serie titulada Obras políticas, económicas y sociales, *por Rafael María Baralt y Nemesio Fernández Cuesta. Se conoce el generoso desprendimiento de Baralt y la facilidad con que asociaba nombres extraños á sus más personales y valiosos trabajos. Recuérdese que presentó la* Historia de Venezuela *como de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, por el hecho de que Díaz aportara documentos de consulta al historiador, cual pudo haberlos aportado, copiándolos en archivos, un amanuense cualquiera. ¿Hasta dónde tuvo Cuesta participación en algunas obras de Baralt? Quizás nunca lo sabremos. El biógrafo Zerpa señala hasta catorce como obras de Baralt y Cuesta; entre ellas una novela:* El hábito hace al monje.

Crítico literario, Baralt se mostró tan probo en el

sostenimiento de sus ideas estéticas como en el sostenimiento de sus ideas políticas. Mantuvo siempre su exigente actitud de purista, tanto en las notas á su famoso Diccionario de Galicismos, *como en su estudio y comento de obras españolas contemporáneas, sin que fueran parte á endulzar su rigorismo ni el interés, ni la amistad, ni ninguna espuria consideración. Pero nadie imagine que su crítica fué mera divagación de hablista, ni menos fárrago de gramático: en ella se trasluce constantemente un espíritu lúcido, terriblemente lógico, analítico por naturaleza, enriquecido por el estudio, maduro por la meditación, y trabajado sobre todo por preocupaciones de orden social.*

En España obtuvo Baralt distinciones que merecía y que España generosamente le otorgó. Fué no sólo redactor de El Siglo, *sino también miembro de la Academia de la Lengua, comendador de la Orden de Carlos III, administrador de la Imprenta Nacional y director de la* Gaceta. *Además, consultósele á veces en cuestiones de Estado; y hasta redactó documentos de la mayor transcendencia, como el* Manifiesto *de 1854, que suscribió el gobierno de España, documento que, como recuerda un biógrafo de Baralt, el Sr. Torres Caicedo, se tradujo en varios países (1).*

---

(1) Con el título de Letras contemporáneas *publicó—Madrid, 1849—la obra reproducida ahora por la* Editorial-América, *con el nombre, más consono en nuestros días, de* Letras españolas (primera mitad del siglo XIX).

En cuanto á letras, España, que le hizo el bien de proporcionarle un ambiente más propicio á las especulaciones del espíritu que el bárbaro y soldadesco ambiente patrio, le hizo también un daño: aquel escritor de prosa elegante y suelta se academizó hasta lo increíble; y si bien el prosador se salvó siempre, á pesar de la afectación académica que contrajo, el poeta, siempre en él premioso y nada flúido, llegó á los más yermos extremos, á una imitación gélida de antiguos poetas españoles.

Aquellas odas en liras á Colón, á la Anunciación; la oda en sextinas á Isabel II, toda aquella poesía yerta y amanerada, que tanto celebraban los académicos madrileños, vale, á nuestros ojos modernos, bastante menos que la última plumada del prosista insigne. Por lo demás, academizado ó no, en España ó fuera de España, nunca fué Baralt poeta espontáneo. Otro daño le hizo su afición clasicista: convirtió al prosador gallardísimo en cejijunto celador del idioma, y el tiempo que aquel creador de hermosura pudo pasar en producir obras originales lo perdió, como un ratón cualquiera de biblioteca, en escribir diccionarios. El Diccionario de Galicismos *le quitó años preciosos; otro léxico, su* Diccionario matriz de la lengua castellana, *dejó inconcluso.*

Es por el Diccionario de Galicismos *por lo único que hoy se recuerda en España á aquel que fué aquí un día considerado como uno de los más altos ingenios. "Tiempo hace—escribía D. Eugenio de Ochoa en 1849,*

cuando el Liceo de Madrid premió la oda Á Cristóbal Colón;—*tiempo hace que seguimos con vivo interés y atención suma las diversas manifestaciones del ingenio del Sr. Baralt como publicista, como filósofo y como poeta; y de este estudio hemos sacado la convicción de que es, sin duda, una de las cabezas mejor organizadas, uno de los hombres más instruídos y uno de los escritores más correctos con que cuenta nuestra literatura contemporánea.*"

Si en literatura Baralt es un clásico, y se opuso con todas sus fuerzas á la difusión en España de aquel gran movimiento romántico de 1830, que tuvo origen en Francia y cuyo abanderado fué Hugo, como pensador filosófico y político estuvo abierto su espíritu á todas las corrientes renovadoras. Ya sabemos cómo, afiliado entre los demócratas españoles, batalló en la prensa en pro de las ideas liberales. En cuanto á ideas filosóficas, la audacia del pensamiento cede á veces á la moderación de la forma, actitud comprensible en un país y en una época en los que tenía aún tanto imperio, á pesar de las embestidas revolucionarias, el espíritu de ortodoxia. No vaciló Baralt, sin embargo, en defender siempre, á capa y espada, la libertad del pensamiento; ni siquiera vaciló en controvertir á Donoso Cortés, ídolo de la España clerical, en la alta y solemne ocasión de sustituir en la Academia á tan recalcitrante apologista y campeón de la teocracia; y tuvo la habilidad, para combatir en aquel medio y en aquella

circunstancia el neo-catolicismo francés, que inspiró á Donoso y estaba haciendo estragos en España, de presentarlo como un peligro al espíritu español. Por lo demás, la independencia de criterio en Baralt fué absoluta. Viviendo en España y de España, no se muerde la lengua ni embota la buída pluma para decirle por la prensa verdades de áloe; verdades del tenor siguiente: "¿Cómo ha de ser pobre (para difundir la instrucción entre las clases populares), *cómo ha de ser pobre una potencia que sostiene un ejército excesivo en relación al número de sus habitantes y lo sostiene con el boato de un conquistador; que alimenta un sinnúmero de empleados oficiosos; que derrama oro en simulacro de batalla, desprecia las riquezas de su suelo, no se afana en mejorar su industria, deja cundir el cáncer de su pésima administración, muéstrase en todo desprendida y grande—grande como los Césares del Bajo Imperio—y no mucho menos previsora que en las postrimerías de la dinastía austriaca?"*

No todo fué sonrisas, á lo que parece, en la vida de Baralt. Ello se transparenta en las palabras de algunos de sus apologistas, ya españoles, como Tomás Rodríguez Rubí, ya americanos, como Víctor A. Zerpa, sin que sepamos á punto fijo, hasta ahora, en qué consistieron las tribulaciones de aquel tan grave y elevado espíritu.

Una de las cosas que más lo hirieron fué, sin duda, la destitución violenta é inmerecida del cargo de di-

rector de la Gaceta *y administrador de la Imprenta Nacional, en 1857.*

La cosa ocurrió así: en 1855 Baralt, á la sazón Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana, hizo á este país un gran servicio: hizo reconocer por España la independencia de aquella nación, y suscribió un Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición, tan liberal como útil para los dos pueblos.

Cierto absurdo funcionario de España en Santo Domingo—tan absurdo como otros diplomáticos que en el mundo han sido—dió margen á una disidencia, en 1856, con motivo de alguno de los artículos del Tratado. La República Dominicana ocurrió de nuevo á Baralt. Baralt, Plenipotenciario ad hoc, *gestionó ante el Gobierno de España la recta interpretación del artículo; y la obtuvo, que era lo que deseaba el gobierno de Santo Domingo. Pero por algo existen en el mundo las guerras civiles. Cayó el gobierno dominicano que nombrara á Baralt, y el sustituto, con ceguera de gente primeriza en cosas de política internacional— confundiendo los intereses de partido con los de la nación—desautorizó lo realizado por el gobierno anterior, incluso en punto á política extranjera, y cometió la felonía de enviar al gobierno de España las comunicaciones del Plenipotenciario.*

En ellas parece que Baralt tildaba de indolente, y quizás de otras cosas, al Marqués de Pidal, presidente del Consejo de Ministros. Este, montado en cólera, y con beneplácito del Consejo, acordó destituirlo del cargo que ejercía como funcionario español; y se le destituyó en términos hirientes. Es más: se consultó al Tribunal Supremo, con ánimo de encausar á Baralt por desacato al gobierno. Por fortuna, el Tribunal Supremo informó luminosamente sobre el caso, descargando á Baralt, quien obró,—decía—"dentro del círculo de atribuciones diplomáticas". Recordaba con juicio el Tribunal que los despachos diplomáticos son, por su naturaleza y por el Derecho de Gentes, sagrados é inviolables; y poniendo coto, por un lado, á la vanidad del presidente del gabinete español, y asestando, por otro, una merecida bofetada al desleal gobierno dominicano, agregaba que "no había cuerpo de delito, pues al considerar como tal los referidos despachos, la causa y el juicio serían inmorales por fundarse en un crimen de felonía, cual lo es la revelación de negocios de Estado, la entrega indebida de documentos que no pertenecían á ninguna de las partes y el más indigno abuso de confianza..."

Baralt, con todo, quedó amargado y destituído. Aunque luego llegaran desagravios y reparaciones, aquel incidente afectó por manera tan profunda al honrado escritor, que, según parece, nunca lo olvidó en los cortos años que le quedaban de vida.

La nostalgia parece que también lo acongojó en los últimos lustros. Su país, revoltoso y bárbaro, no podía

inspirarle el deseo de vivir allí; pero sí el anhelo de ver "esa playa querida", como escribe á su padre. El patriotismo de Baralt fué sincero. Para permanecer en España y alcanzar en ciertas esferas las posiciones á que no tenía derecho como extranjero, se le aconsejó que se hiciera súbdito español, y él tuvo la debilidad de oir aquel consejo. España, madre de tantos y tan ilustres hijos, nada ganaba con aquella adopción; pero las exigencias sociales y políticas son imperiosas. Baralt inclinó la cabeza. No todos tienen el orgullo de permanecer en la sombra ó de no aspirar á brillantes posiciones compradas al precio de una cosa que repugna á la conciencia. No todos aman desinteresada y lejanamente á la patria, aunque la patria los calumnie, los vilipendie, y se cuente ya el impuesto ostracismo, no por años, sino por décadas. No todos pueden exclamar, á este respecto, como Giovanni Páscoli: "Mis palabras podrían ser de odio y son de amor."

El patriotismo de Baralt, con todo, fué sincero y constante. Adolescente, en Bogotá—asegura en sus Reminiscencias *D. Juan Francisco Ortiz, condiscípulo de Baralt—, "describía con exaltación el mar y el lago de Maracaibo, suspirando tristemente por el día de regresar á su país nativo." En la juventud expone su vida por la nativa tierra; escribe la historia del país; prepara, en asocio de Codazzi, la* Geografía *de la República; canta, en sonetos bien mediocres por cierto, ya á Bolívar, ya la batalla de Ayacucho; más tarde, recuerda á su país constantemente; dice* Adiós á la patria *en una de sus menos frías composiciones, donde se queja*

ausente del hogar, en tierra extraña.

Y asegura:

Mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España.

Esta forma del patriotismo, que se confunde con el recuerdo de la familia, no es única en Baralt, si bien como indica con raro tino el casi siempre desacertado Víctor Zerpa, al comentar carta íntima que transcribe, "por los afectos de la familia se ha entrado en la patria".

Por esa carta de Baralt á su padre, que Zerpa inserta en parte y comenta, puede uno ver claro en el corazón del expatriado: "Todo se ama en la patria cuando uno está distante de ella: los hombres y las cosas, y los amigos y los enemigos, y el aire y la tierra y las piedras! ¿Quién me diera ver, aunque fuera un instante, esa playa querida; ver á usted, abrazarle y morir? Salude usted en mi nombre todo lo que contienen esos sitios santos para mi corazón, y dirija al cielo una ferviente súplica para que me conceda la dicha de verles una vez más antes de dejar el mundo."

¡Qué patriotismo tan sincero y cordial!, *exclama Zerpa; y Zerpa tiene razón.*

Pobre, triste, murió Baralt, sin haber visto de nuevo, como deseaba, la tierra de Venezuela y el lago de Maracaibo. Rindió la vida en Madrid, á los cincuenta años, el 4 de Enero de 1860 (1).

¡Qué diferencia entre la vida y la memoria de Bello y la vida y la memoria de Baralt! Bello tiene estatuas de mármol en Chile; y Chile, su patria adoptiva, ha divulgado las obras del maestro (2). El que esto escribe ha buscado, y ha buscado en vano, en todos los cementerios de Madrid, la tumba de Baralt. La Academia Española acordó publicar las obras de aquel escritor benemérito: hace más de medio siglo que esperamos el cumplimiento del acuerdo.

R. Blanco-Fombona.

Madrid, 1918.

---

(1) El 4 de Julio dice Menéndez Pelayo, en su Historia de la poesía hispano-americana.

(2) Baralt tiene una estatua de bronce en Maracaibo, y una calle maracaibera lleva su nombre.

I

Memoria sobre un templo druida descubierto en las cercanías de Antequera, por D. Rafael Mitjana.—*Estudios históricos y políticos sobre los judíos de España,* por D. José Amador de los Ríos.—*Colección de los opúsculos de Fernández de Navarrete.—Teatro escogido de Tirso de Molina,* por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—*Pío IX,* por D. Jaime Balmes.

En Málaga ha visto la luz pública una curiosa Memoria sobre un templo druida hallado en las cercanías de Antequera, escrita por D. Rafael Mitjana y Ardison, á quien se debe tan interesante descubrimiento. El estudio de antigüedades y el examen de sus monumentos son las únicas lumbreras de la historia. Fatigados los anticuarios para determinar el territorio que ocuparon los celtas en Andalucía, y luchando por concordar las tablas de Tolomeo con las descripciones geográficas de Plinio, únicamente las inscripciones y las piedras célticas pueden arrojar luz sobre los

escritos de aquellos hombres, escritos desconcertados por la ignorancia de los copistas y por el transcurso de los tiempos.

Cuando la prensa y el grabado, dando vida y habla á los monumentos esparcidos por todo el mundo, y presentándolos cómoda y fácilmente á la apreciación y examen de los estudiosos, han desvanecido las tinieblas que envolvían la antigüedad, la crítica ha sabido dar importancia á restos de sumo valor, hacia los cuales mal pudiera dirigir una mirada de atención quien sólo poseía un conocimiento somero de construcciones griegas y romanas.

¿Qué idea abrigarían de estos autores no despreciables que no vacilaban en consignar en sus escritos que la Catedral de Toledo estaba calcada en el templo de Diana en Efeso? ¡Cuántos eruditos que se han ocupado de antigüedades de Andalucía sólo han parado en las árabes y romanas, apellidando fenicios todos aquellos restos que no podían determinar!

La publicación, pues, de los descubrimientos del género que nos ocupa, hecha por medio de láminas exactas, clasificando, determinando con precisión, abre las puertas en España al verdadero estudio de la Historia Antigua.

El Sr. Mitjana ha dado el primer impulso á un objeto de alta importancia, haciendo ver que la semilla que cae en el entendimiento claro y despejado produce útiles frutos, malográndose únicamente aquella que no sabe sino fermentar la arena de la ignorancia incorregible. Ilustrado este apreciable arquitecto con los trabajos que dieron á luz Robert Hoare, Cambry, Tremanville y, últimamente, Jules Gailhabaud, cuando se ocupaba en la formación de un plano de la provincia de Málaga, pudo distinguir y apreciar atinadamente un templo druida en las cercanías de Antequera, descubrimiento peregrino para la historia y para las artes. Plinio y Tolomeo hacen mención de los celtas que habitaban en la Bética, entre el Guadalquivir y el Guadiana y en el territorio que del nombre antiguo de estos ríos (Betis y Anas), se llamaba Beturia.

Plinio señala también fuera de este territorio y en la misma Andalucía una *región céltica* cuyas ruinas é inscripciones fueron examinadas en 1650.

Indagaciones más juiciosas han hecho ver que esta región se extendía no poco desde el Guadalquivir hasta el Mediterráneo, y hoy puede asegurarse que gracias al Sr. Mitjana se acerca á

este mar mucho más de lo que hasta ahora se ha venido creyendo.

Y es curiosísima la observación de que no pocos de los pueblos que pertenecen á la región céltica del lado opuesto á la Beturia tenían una terminación común en *ippo*, voz acaso céltica y que debe significar ciudad ó villa, pues es sabido que entre las características de este idioma se nota la de que el sustantivo va unido y pospuesto al adjetivo.

A estos célticos correspondían, pues, los pueblos de Acinipo, Iripo, Oripo y Ventipo, y aun los pueblos que se extendían hasta la región de Cádiz Bedipo, Lasipo y Baesipo.

Si pues las tablas de Tolomeo colocaron todas las poblaciones celtas de la Bética en la Beturia y las inscripciones y descubrimientos arqueológicos disipan este error, es indudable que la historia debe no poco á los estudiosos que se afanan por esclarecer la antigüedad santa y venerable.

¿Y cuánto no deberán también las artes al señor Mitjana, que señala y clasifica nuestros monumentos célticos cuando las construcciones más antiguas de España, de cuya certeza no podemos dudar, eran romanas? Acaso no sea más antiguo el templo druida de Antequera, porque

Plinio asegura que los celtas tenían especiales ceremonias de religión; pero es sin embargo más probable que los celtas del tiempo de Plinio hiciesen estas ceremonias dentro de construcciones primitivas erigidas de tiempo inmemorial por sus mayores.

Abierto, pues, el camino en esta clase de estudios, acaso llegue un día en que se examinen con imparcial crítica el montón de tierra junto á Córdoba, las grutas de Fuencaliente y las piedras aisladas de las cercanías de Baena, monumentos que la tradición clasifica por más antiguos que los de la dominación romana, y hallemos en ellos otras tantas construcciones primitivas comprobantes utilísimos de la historia y de la geografía.

Acaso cuando se lleguen á conocer bien los monumentos púnicos, sepamos apreciar los informes elefantes ó toros de piedra que por Salamanca, Durango y Avila se ven en gran número.

Consignemos una observación curiosa: es sobremanera común en Andalucía el ver denominada toda gruta, toda gran mole de piedra con el epíteto de *Menga*, cueva de Menga, piedra de Menga, etc., creyendo la gente vulgar que *Menga (Dominga)* será alguna vieja hechicera que con su milagroso agibílibus hacía que pesadísi-

mas moles danzasen al son de su conjuro, como aquellas de Orfeo que refiere la fábula.

El templo que clasifica el Sr. Mitjana se llama por los naturales de aquel país *Cueva de Melga.*

A dos leguas de Castro-l'-río (Córdoba) vimos una piedra céltica de tamaño extraordinario, y los labradores de un cortijo inmediato nos dijeron que sobre aquella piedra había entre ellos una copla tradicional, que dice de la manera siguiente:

Gilica, hilando,
puso aquí este tango,
y Menga, mengar
lo volvió quitar.

Esta copla encierra un misterio singularísimo, pues se ve conservada hasta hoy, al través de treinta siglos, la voz céltica *mengch* (que significa piedra sagrada), corrompida en la palabra *Mengar*, que entre aquellos labradores quiere decir Dominga.

Con las tradiciones populares, con las conjeturas que ofrece el determinar la topografía de una región y con los conocimientos que se adquieren meditando sobre ya clasificadas construcciones, las artes españolas deben tomar el vuelo que tanto han menester para su esplendor.

No dudamos en creer que las corporaciones sabias de España se apresurarán á llamar á su seno al Sr. Mitjana, tributo merecido á su laboriosidad, para que otros cultiven con ahinco el campo ameno siempre del saber.

Los estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España, por D. José Amador de los Ríos, constituyen una obra de suma importancia.

La historia del pueblo más antiguo del mundo, cuya existencia y conservación es un milagro perenne é inquietante y una irrefragable prueba del cumplimiento de las sagradas profecías; la historia de ese pueblo diseminado sobre la superficie de la tierra y que sin embargo se conserva íntegro; objeto de escarnio y persecución en todas partes; obcecado y tenaz hasta la exageración; dueño de los tesoros del orbe casi siempre; de ese pueblo que como grama arraigada por los campos llegó á extenderse por el suelo de España hasta el punto de ser árbitro de entregar las llaves de Andalucía al recio é impetuoso Tarich, y de desportillar con mañosas artes los fuertes muros de Elvira, de Córdoba y de Sevilla; de ese

pueblo mercader, alma de ocho siglos en España, influyendo á un tiempo mismo en la política de los reyes muzlimes y cristianos, una historia que tan enlazada se halla á la historia española, y que es la clave que concierta y esclarece lossucesos más notables de este país, no puede menos que contribuir poderosamente á la civilización.

Los judíos, que hicieron de España una patria tan cara para ellos como la Palestina, se complacían en buscar semejanza entre las poblaciones españolas y aquellos lejanos países, creyendo ver aquí sus cielos en esas noches en que la millarada de astros los hace parecer chispeados de cristal; los claros torrentes y una vegetación colorida por los rayos de un sol encendido, este clima, esta naturaleza, inflamaban su imaginación y conservaban dulce y vivo y cálido el recuerdo de sus creencias, de sus tradiciones y de sus glorias.

Abrigando la España por espacio de tantos siglos las mayores reliquias del pueblo judaico desde que las esparció como pavesas sobre el haz de la tierra la Reina inmortal que clavó la cruz del Redentor en las almenas de la Alhambra, los judíos han convertido sus ojos hacia la Península Ibérica, que como urna sagrada encierra las cenizas de sus mayores.

Y ni las vicisitudes de los tiempos, ni las terribles persecuciones que han padecido, ni el trato continuo con todas las razas en su perenne odisea por toda la tierra, han sido parte para arrebatar á aquella nación la lengua castellana, que es la suya también, haciendo por ello suya también nuestra literatura.

Por tanto, desde que nuestra lengua, formándose de todos los elementos de las diversas y extrañas gentes que han pasado por España, se fija y viene á ser la significación de un pueblo independiente y libre, nuestra literatura camina paralelamente con la judaica, recibiendo de ella índole, expresión y carácter, ya en materias filosóficas, ya en las cántigas y leyendas populares. ¿Y qué más? Hasta el mismo teatro, que sobre las costumbres y opiniones públicas ejerce señalado influjo.

El Sr. Ríos concibió en 1875 el pensamiento de despertar la imaginación de los estudiosos, proporcionándole datos y preciosas noticias acerca de los judíos en España, en bien escritos artículos que salieron en la revista literaria de *El Español*, anunciando que desde entonces se dedicaba á completar un trabajo de tanto interés, aumentándole con el examen de otros de peregrina rareza.

Efectivamente, cuantas preciosidades pueden necesitarse para ilustrar una obra de tal índole ha tenido á la mano el Sr. De los Ríos, habiendo logrado estudiar manuscritos é impresos de cuya existencia ni aun se tenía la menor noticia.

Se detiene á dar á conocer los escritores españoles judíos, y los rasgos más característicos de sus obras, presenta no pocas muestras de su estilo y de las mejores composiciones poéticas y da razón de cuanto escribió cada uno de los escritores que presenta.

Los nietos de D. Martín Fernández de Navarrete, á quien tanto deben las letras españolas, han acometido la honrosa empresa de reunir todos los trabajos de aquel escritor infatigable, erigiendo así un monumento á su gloria, y arrebatando al olvido peregrinos estudios que han de redundar en mejoramiento y claridad de la Historia literaria de España.

El investigador activo, el ilustrado crítico, el juicioso anticuario, el entendido pensador, que salvó del polvo y la polilla de los archivos preciosísimos documentos irrefragable testimonio de la grandeza de nuestros descubrimientos marítimos, y del reinado más rico en hazañas y en acontecimientos, el modesto escritor que proporcionó una espléndida mina, para que explotándola se hiciesen inmortales Washington Irving y Williams Prescott, bien merecía el homenaje que tributan á su memoria el cariño filial, el más acendrado entusiasmo, el más puro desprendimiento.

El ilustrado impresor Rivadeneyra ha dado á la estampa el *Teatro escogido del Maestro Tirso de Molina*, bajo la inmejorable dirección de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Un tomo que contiene las treinta y seis mejores comedias del famoso mercedario madrileño; restablecido el texto viciadísimo de las antiguas ediciones, empleando para ello una escrupulosidad, paciencia y tino propiamente alemanes; enriquecidas las piezas dramáticas con notas de un gran valor, y con biografías y juicios críticos; aumentada la importancia de tan laborioso estudio con índice razonado de las obras del Padre Téllez, y precedido todo de un estudio galano é importante.

En suma, constituye este trabajo el monumento más hermoso que puede erigirse á quien fué la más radiante antorcha del Teatro español.

No hace aún muchos días que vió la luz en esta corte el célebre folleto de D. Jaime Balmes, titulado *Pío IX*.

Este pontífice, que en el corto tiempo que lleva en el trono ha sabido labrarse una reputación europea, mostrándose digno príncipe de la Iglesia católica, mostrándose sacerdote virtuoso, sabio político y monarca justo, nacido sin duda para conducir la nave del catolicismo á través de las borrascas de nuestros días, y para manifestar al mundo que el espíritu del cristianismo no se opone al progreso de las ideas modernas.

Antes de dar á la prensa su opúsculo el señor Balmes, esperaban todos que no malograría esta ocasión de poner nuevamente en evidencia su mucho ingenio, porque en efecto, hay sucesos cuyo juicio pertenece exclusivamente á ciertos talentos privilegiados, y entre éstos, sin ningún género de lisonja, contamos al autor de la *Filosofía Fundamental*.

Dos objetos parece tener el Sr. Balmes en su escrito: demostrar que el cristianismo produjo una regeneración social, y el catolicismo la institución más análoga al progreso de las ideas modernas, y probar que el actual Pontífice, ya como hombre, ya como cabeza de la Iglesia, es el verdadero representante de estas creencias y al mismo tiempo quien mejor puede consolidar su triunfo, deduciendo su idoneidad de la fe, inteligencia y constancia con que lleva á cabo su empresa.

El Sr. Balmes desenvuelve sus teorias en varios capítulos dedicados al elogio del Pontífice; los demás, al análisis de su empresa reformista y de las consecuencias que se deducen de la situación de las potencias europeas, del sistema político que domina en cada una de ellas y de las dificultades que pueden oponerse al propósito de la reforma.

Excusado es añadir lo elevado del estilo de Balmes en la introducción, donde llega á la elocuencia de un Bossuet. ¡Cuánta fuerza de lógica, cuánta erudición! ¡Qué copia de bellas imágenes!

¡El clero español puede envanecerse de un sacerdote tan distinguido como el joven Balmes! ¡La filosofía española tiene en él uno de sus más grandes representantes!

II

Conversaciones familiares, por M. Cormenin.

M. Cormenin, con el seudónimo de *Timón*, ha dado ya en otras producciones las más claras muestras de un ingenio vivo y audaz; y sin exagerar, en la que ahora nos ocupa.

Las doctrinas socialistas, tan en boga últimamente entre los franceses, han logrado popularizar las teorías más realizables que forman la base de la ciencia social, consignándolas en una obra provechosa en extremo por su fin, admirable por su filosofía, entretenida por su novedad y sumamente agradable por la ejecución.

A la importancia que naturalmente tiene en sí la empresa de la civilización humana, se agrega la necesidad en España, no ya de dar ensanche, sino plantear formalmente la educación de las clases populares. Mas por desgracia, los gobier-

nos de España parece que se han empeñado en demostrar que semejante necesidad no existe, pues lo poco que hasta el presente se ha hecho en beneficio de la ilustración del pueblo, además de ser una mínima parte de lo que la sociedad y la política reclaman en este punto, se debe más bien al celo de algunos esfuerzos individuales que á sabios cálculos y á planes acertadamente combinados por los que tienen á su cargo los intereses públicos.

¿A qué atribuir esta falta? ¿Imposibilidad? ¿Descuido?

A imposibilidad, así, absolutamente dicho, no, dado que el inconveniente para este género de organización sería la falta de recursos, y afortunadamente no es esto lo que escasea en España. Pobre será, sobre todo en comparación de otras naciones; pero, por lo menos, no carece de lo necesario para satisfacer los antojos del poder y el capricho de los que le ocupan.

¿Cómo ha de ser pobre una potencia que sostiene un ejército excesivo en relación al número de sus habitantes y lo sostiene con el boato de un conquistador, que alimenta un sinnúmero de empleados oficiosos, que derrama oro en simulacro de batalla, desprecia las riquezas de su

suelo, no se afana en mejorar su industria, deja cundir el cáncer de su pésima administración y muéstrase en todo desprendida y grande, grande al modo de los Césares del Bajo Imperio, y no mucho menos previsora que en las postrimerías de la dinastía austriaca?

Pero volvamos á la obra de M. Cormenin: estas *Conversaciones familiares sobre el modo de mejorar la condición de los pueblos*, y sin proponernos el examen detenido que su importancia requiere, constituyen un tratado dialogado y completísimo de educar fácilmente á los habitantes del campo, obreros urbanos, etc. Es un tratado de educación social, moral y política.

Derechos, deberes, aspiraciones, mejoramiento de condición, todo esto lo introduce M. Cormenin en el espíritu del pueblo en el modo más ameno, pintoresco y singular.

¡Ojalá este admirable texto se tradujese é imprimiese en España! Él vendría á incorporarse á la procesión de ideas avanzadas que de los Pirineos acá pasan todos los días.

III

La Sublevación de Nápoles, por D. Braulio Mercado.

Cayo Salustio y Crispo, mal político, pero buen historiador, no fué menos afortunado en la exposición y comentario de la conjuración de Catilina.

Y se nos antoja que Catilina el de la conjuración, tan magistralmente presentado á la posteridad por Salustio, y Masaniello, el de la sublevación de Nápoles, que ahora nos trae la pluma bien tajada de D. Braulio Mercado, son dos personajes, aunque distintos por índole, por temperamento y por fatalismo individual, iguales en mucho.

Ambos padecen de enajenación porque les fué contraria la fortuna. Es ley del mundo que los infortunados sean locos. Y por eso los iluminados por la buena estrella son generalmente tenidos,

no ya por cuerdos, sino que, llevando más allá el sarcasmo, por genios.

Locos, Catilina y Masaniello, son también inmortales porque ambos son alucinados de la libertad; pero su inmortalidad es triste: lleva en sí la pesadumbre de lo que siendo no pudo ser; germen que muere; árbol joven devastado por la borrasca antes de dar la floración primaveral.

La figura que presenta D. Braulio Mercado del Pescadero que puso en pavura la dominación del duque de Arcos como virrey de Nápoles, es de las figuras históricas mejor trazadas que hemos visto por pluma contemporánea: el hecho histórico sustituye al comentario en mucha parte de la obra, tal es la verdad y la viveza de colorido que el historiador le ha comunicado; hay tal relieve que la luz no necesita infiltrarse en los surcos abiertos por el cincel para que resalte la línea saliente.

La sublevación de Nápoles, por D. Braulio Mercado, suscita varias cuestiones de suma transcendencia en el orden social y en el orden político; porque tal como él la analiza y juzga, tal como él supone la tendencia, las consecuencias de aquel movimiento, resulta un tanto anacrónica la opinión generalmente aceptada que tenemos

de *cuál fué la época* exacta del primer movimiento democrático de Europa en la Edad Moderna.

Muchos autores suponen que la democracia con el nombre de tal, con su verdadero carácter, sus aspiraciones, llegó al período agudo de su desarrollo con la Francia revolucionaria y enciclopedista.

Y como apoyo á este concepto afirman que los fueros de Aragón y Castilla, las comunidades contra Carlos V, analizando sus causas, demuestran que no iban estos hechos históricos animados por el espíritu democrático, sino que aspiraban á resumir todos los poderes sociales y políticos en la mano municipal, fundando así un absolutismo de grupo, mucho más peligroso y arbitrario que el absolutismo radicado en una familia privilegiada.

Por este sistema de citar el hecho histórico, remontando á la más remota antigüedad, podrían encontrarse germinaciones democráticas hasta en la tierra de los Faraones.

¿Y las repúblicas romana, cartaginesa y numantina?

El principio de la democracia nació acaso con la humanidad. Sería esta la más hermosa y al mismo tiempo la más lógica determinación.

La democracia nació en el pecho del primer hombre libre!

Mas conviniendo—y acaso haya aquí un término medio racional—en que la democracia no llegó á su apogeo universal hasta mediados del siglo XVIII para estallar con espantoso estruendo en la Revolución francesa á fines de aquel siglo, ¿en qué orden de transformaciones sociales y políticas debe clasificarse la sublevación de Nápoles durante la dominación del duque de Arcos?

¿No fué éste un movimiento genuinamente democrático?

Esta es, en rigor, la cuestión capital que plantea la obra de D. Braulio.

Según él, en Masaniello apunta el agitador italiano de nuestros días. Son los revolucionarios de hoy un poco más ilustrados que el pescadero; pero en el fondo perfectamente afines.

Y en el fondo filosófico, así como en la especulación experimental, no va menos acertado.

En suma: la obra de D. Braulio Mercado tiene, en nuestro concepto, una importancia excepcional: en ella pueden encontrar los estudiosos una serie de síntesis. Y los que gustan de la amena lectura, un caudal de hermosas dicciones y de nobles pensamientos.

IV

Algunas causas del atraso científico de España, por don Amenodoro Blanco. Revista científica de instrucción pública.

Es la vieja incógnita. Sobre esta cuestión mucho se ha escrito, mucho se ha dicho, mucho se ha discutido en todos los aspectos de la vida. Y también se ha despotricado mucho, como en todas las cosas.

En todas las discusiones, junto con las ideas luminosas, junto con las elocuentísimas palabras, asombra tanto la transcendencia de los elevados conceptos como la superficialidad de las sandeces.

Igual al trigo maduro cuando pasa por la presión de la piedra, que luego sale la cáscara seca que nada vale, y el polvo de nieve, que es nutrición y es vida.

¿En qué consiste el atraso científico de España? He aquí una de tantas cuestiones pertinentes y pertinaces.

¿Faltan espíritus patrióticos que hayan emprendido con real y abnegado interés la educación de este pueblo que merece como ninguno que se le considere apto para todas las nobles actividades humanas? Ni faltan ni han faltado.

Lo que sobra, á guisa de obstáculo, es una negligencia que abate toda esperanza, que mata toda aspiración, que abruma todo brote.

Es la escarcha que cae sobre los árboles y entumece en ellos la savia.

Pero en el restregamiento de esa misma fatalidad está la salvación, está la redención.

Dicen añejos y extraños cronicones que el hombre que vive en las regiones polares, cuando siente que la sangre—por la crudeza del clima—quiere cuajársele en las venas, se revuelca en la nieve fervorosamente hasta que logra la reacción de su organismo. Otro tanto debiera hacer el sufrido pueblo español, ya que por un fatalismo inexplicable le ha tocado ser paria bajo el sol y el cielo más hermoso.

Anteo sacaba las fuerzas de la tierra.

Y él es otro Anteo; pero en lugar de sacar las

fuerzas de la tierra debiera sacarlas de sí mismo, puesto que en sí mismo las lleva. Puede comprobar esto con sólo tornar la mirada al pasado.

El que suprimió la sílaba latina de la columna de Hércules, bien puede hacer todos los gestos sublimes.

Hay más allá de la indolencia nativa.

Quería Guizot para la Francia "el espíritu del bien, antes que el espíritu doctrinario"; nosotros no somos más exigentes: la modestia del sabio francés cuadra muy bien en este llamamiento al espíritu público.

Convengamos en que España está enferma del más terrible mal de las naciones: del desconocimiento voluntario de su propio daño; enferma de vieja enfermedad, amenazada de antigua amenaza, lleva dentro de sí misma al enemigo, y como pretendida medicina, va tragando el tósigo con la inconciencia de un enajenado.

Y en tan desventurado caso, lo aconsejable, lo no contraindicado, es la deposición del interés del momento, de la pasión bastarda, de la inclinación fraudulenta, en nombre de un supremo interés de patria, donde no caben ni las metafísicas, ni las deducciones de una ética amanerada.

¡Los gobiernos! ¡De todo son culpables los gobiernos! ¿Y de dónde salen los gobiernos? ¿Vienen de las nubes? ¿Son como Adán, de formación sobrenatural?

No. Los gobiernos, cualesquiera que ellos sean, salen del seno de los países gobernados. Lo mismo los que llevan escudo de veneras y roeles y árboles de sinople en campo de oro ó de plata, como los que llevan por símbolo el gorro encarnado de la libertad.

Unos por el absolutismo, otros por la democracia; pero todos tienen un mismo origen.

En el fondo no hay más que la tremenda verdad: "ése que es tu compañero, ó tu hermano, ó tu pariente, ó tu correligionario; ése que va contigo á labrar la tierra, ó á empuñar la alba pluma; ése que fué contigo á la barricada fusil en mano; ése que lo mismo que tú quemó sus labios con el cartucho explosivo: ése, mañana galonado de oro ó tocado de negro, ése te mandará al patíbulo si le niegas el derecho á patear tus derechos, de caer á puntapiés á tu propio corazón, y sobre todo si te opones á que él diga: "Yo mando".

Por esta corriente de ideas, por esta vía dolorosa de principios, por esta selva obscura de aspiraciones que llevan en sí una pavorosa expiación, se encuentra sin mucho trabajo el atraso científico de España.

Y por esta misma corriente se encuentra el atraso industrial de España, y el atraso en la diplomacia, y en la política, y en las artes, y hasta en lo que es más sensible, en la simple instrucción primaria.

Trataremos de llevar esta cuestión á un terreno experimental. Al terreno del hecho patente, exacto, por medio de una pluma maestra, D. Amenodoro Blanco, cuyas recientes publicaciones nos han puesto la pluma en la mano, no ya para hacer su crítica, sino para apoyarnos en sus conceptos y decir á nuestra vez lo que nos ocurre acerca de lo mismo.

El libro de D. Amenodoro Blanco es demasiado objetivo; pero guarda una gran verdad: que España es un pueblo atónito.

Grande, más grande que ningún otro durante seis siglos, se entregó á su gloria como el Imperio romano, y, como el Imperio romano, ahora está en peligro de correr la misma suerte. Pero no la correrá: los tiempos son completamente distintos.

Habiendo llegado á un poderío más alarmante que el Imperio romano, ha querido entregarse á

la orgía triunfal. Y la orgía del triunfo lo condujo á los grandes desastres.

Alucinado con la glorificación de sus recuerdos, sus césares, sus capitanes, desdeñó el estudio de las humildes ciencias sociales y económicas y tuvo que pasar por la horrible prueba de ver que otros pueblos inferiores á él adelantaban más en el camino de los tiempos.

Esta es á grandes rasgos la obra de D. Amenodoro Blanco.

¿Qué comentario podemos hacer á una concepción semejante?

Apenas, en efecto, se ve el nombre español unido á ninguno de los adelantos que son honra y prez de estos últimos siglos, ni menos inmortalizado en ninguno de los grandes descubrimientos.

Verdad es que la especie de *capitis diminutio* que España ha sufrido en su importancia política; también ha sido parte á la general ignorancia lo defectuoso de nuestros sistemas de estudio, á los que sólo recientemente se ha tratado de darles impulso.

Las sociedades científicas españolas no dan

señales de vida en el terreno de la discusión pública, y la Academia Real de Ciencias sólo se sabe que existe por la publicación de los nombres de las personas en quienes han recaído sus cargos: falta que ésta se organice de un modo definitivo: falta que tenga un representante en la Prensa.

Aquí cabe hacer una breve referencia de los progresos científicos de varias Academias extranjeras.

Desde luego que uno de los aspectos más importantes es el que acaba de observarse con motivo del reciente eclipse de luna en Italia.

Si en aquellos países estuviese tan en menoscabo la ciencia, habrían experimentado los mismos terrores que experimentó aquí el pueblo con el curioso fenómeno. El color obscuro que presentaba nuestro satélite, la orla sangrienta que le circundaba, hubiera dado margen en Italia á mil funestos agüeros; pero diez días antes había sido anunciado y explicado el fenómeno, y el pueblo, lejos de aterrorizarse, se percató de que se trataba de una simple transformación en el orden de la Naturaleza.

El académico francés Babinet, no sólo predijo el eclipse, sino que obtuvo magníficos dibujos

del astro antes de entrar en el período agudo de su eclipse.

La geodesia y la geografía, que pueden llamarse hermanas por la inmediata influencia que la primera ejerce sobre la segunda, cuentan con un monumento más en el catálogo de los hechos. D. Joaquín de Acosta, ciudadano de las nuevas Repúblicas de la América Española, ha publicado un mapa de la República de Nueva Granada.

"Hasta el presente—dice Acosta en la carta que acompaña al mapa—, se creía que Cartagena estaba á 77° 50 grados de longitud O., y así lo juzgaba Oltamo, y siguiendo el dictamen de Humboldt, que había examinado las observaciones hechas por todos los autores, desde el Padre Feuillée, Ulloa, D. Jorge Juan, Fidalgo y Noguera; pero yo, de acuerdo con Mr. Daussy, he mudado esta posición adoptando el término medio de diez soluciones cronométricas hechas con excelentes instrumentos por Mr. Lartigue y Mr. Dagore, oficiales de la Marina francesa; éstos, después de cortos viajes realizados en 1834 y en 1835, han vuelto á Cartagena con Port Royal de la Martinica y con la Habana; el término medio resulta ser: 77° 54'24'', de suerte que la

diferencia de como estaba Cartagena á como yo la pongo, es de 4^{s} á 24^{ss}".

Y añade:

"El plano del puerto de Sabanilla, que pongo en grande escala y con los más escrupulosos pormenores, es un trabajo inédito que el Gobierno de Nueva Granada mandó hacer en 1843, y que será muy útil para los buques de guerra y mercantes que naveguen con frecuencia por la costa firme. Hay además en este mapa más de mil puntos determinados, que no se hallan en ninguno de los de la antigua Colombia, sobre cuyos autores tengo la ventaja de haber recorrido todas las provincias de Nueva Granada."

Otra ciencia moderna de mucha importancia, que en el extranjero alcanza grandes progresos, es la estadística.

El diccionario del Sr. Madoz es, que sepamos, la única obra que en España se ha hecho en este sentido.

El Sr. Madoz tomó datos para su trabajo en la obra publicada en Francia por Mr. Moreau de Jonnes.

Obra admirable ésta, en donde su autor ha po-

dido fijar con toda exactitud la riqueza agrícola de Francia.

De los datos que presenta, y que solicitaban con ansia desde la época de los Estados generales de Blois todos los economistas y hombres de Estado, resulta que la riqueza de la agricultura francesa es al año:

1849

Renta bruta anual en tierras cultivadas:

5.092.116.220 francos.

Renta bruta anual de pastos:

646.794.905 francos.

Idem de montes, selvas, arbolados, etc.:

283.258.325 francos.

Renta anual de los animales domésticos:

777.254.000 francos.

Animales domesticados:

698.484.000 francos.

Total de toda la producción anual agrícola animal:

880.904.450 francos.

En esta obra se encuentra otro dato curiosísimo, y es el siguiente:

ÉPOCA	POBLACIÓN — Habitantes.	Valor de la producción agrícola. — Francos.
1700 — Luis XIV.	19.600.000	1.500.000.000
1760 — Luis XV.	21.000.000	1.546.750.000
1788 — Luis XVI.	24.000.000	2.034.333.000
1813 — Imperio.	30.000.000	3.356.000.000
1840 — Epoca actual.	33.000.000	6.022.905.000
Con la renta que producen los animales.		7.502.404.450

Para comparar justamente tan diferentes sumas será preciso que hagamos completa abstracción de la que figura en último término y que sólo hemos puesto con el objeto de completar el cuadro; así reduciremos nuestro juicio á los productos de cultivos, pastos y animales; lo primero que desde luego notamos es que en los primeros sesenta años del siglo pasado la agricultura decae; que veintiocho años después se aumenta; que en todo lo que va del siglo en que vivimos esos aumentos son gigantescos.

¿Y cuál es la causa de esta diferencia?

¡Todo el mundo sabe que tamaño progreso es debido á la Revolución francesa, que conmovió los cimientos del orbe!

Y con esto dió á Francia la Revolución la división por departamentos, la jerarquía adminis-

trativa, el examen catastral, la desamortización de toda suerte de propiedades, la libertad de todo linaje de trabas, el desembarazo de toda clase de obstáculos.

Francia es el país más revolucionario y más rico de Europa.

V

Certamen poético del Liceo.—*Odas á la Fe.* (Premio de una medalla de oro, adjudicado á D. Julián Romea.)—Reflexión preliminar.

Cuando vimos el asunto que se dió á nuestros poetas para optar al premio en el gran concurso de 1848, nos alegramos mucho; cuando supimos los nombres de las personas que debían adjudicar el lauro á la composición vencedora, nos regocijamos en grande manera; al leer la oda premiada nos pareció bien, muy bien, y tuvimos el gusto de manifestarlo así; pero hoy, que hemos leído las obras de todos los contendores, ya no nos parece tan buena la que ha obtenido la palma, con perdón sea dicho de los respetables votos que la han adjudicado, y nos vamos convenciendo de que algunas de las composiciones

desairadas en el certamen son mejores que la no desairada.

Pero antes de exponer nuestro humilde dictamen sobre todo esto, debemos decir que nuestro ánimo no es atender á persona alguna, que felicitamos á la que ha tenido la honra de obtener el premio, y que sólo hablaremos de versos, premiados ó no premiados, pero que hayan visto la pública luz, y en los que, comprado un ejemplar, nos sea permitido ejercer nuestra crítica.

La poesía premiada es una *oda*, así á lo menos se dice en su portada, línea segunda; pero la dicha *oda* nos parece, *salvo semper*, etc., que no tiene plan ninguno; y aunque éste no es un defecto grave para que nos detengamos en señalar las pruebas de nuestro aserto, como resalta ya desde los primeros cuartetos, alejandrinos por más señas, procuraremos hacerlo perceptible y pasaremos adelante.

El autor principia manifestando lo que es la fe, qué es fe, quién es la fe; y este principio no nos parece mal; pero un poeta no es un autor de catecismo, y no debería llamar á esta virtud, virtud, y menos virtud *sobrenatural*, y mucho menos virtud *teologal;* haberlo hecho así habría hecho prosa insufrible: llámala, pues, *modesta virgen de*

los vendados ojos, guía del hombre, su apetecida luz, raudal de dichas y placeres, palmera, fuente sellada, cerrado huerto de hermosas FLORES, *lleno de regalado olor, temprana* FLOR, *tierno lirio, balsámica azucena con pureza blanca y dulce en sus palabras, más que la apretada miel.*

Ahora bien: ¿si hubiera plan en esta *oda* no la habría también en estos versos, que son los del principio? Ellos, se conoce que han ido saliendo

"Como en obscuro matorral los hongos."

De otra manera, después de llamar á la fe *modesta virgen, guía del hombre, su luz y raudal de dichas, que es más,* no la llamaría *palmera, fuente, huerto de flores, flor, lirio* ni azucena, que es menos, y lo sería siempre, aunque se hubiera añadido al índice alfabético del botánico Linneo. A no ser que lo que á nosotros, avezados á la prosa, y la prosa forense, nos parece falta de plan y de gradación debida, se denomine entre poetas arrebato, aparente desorden, encumbrado lirismo ó *sencillez evangélica*, como quiere D. José Zorrilla que sea.

Y, sin embargo, opinamos que quienes han te-

nido la culpa han sido las reminiscencias del *cuasi palma exaltata sum in cades* (1), *del hortus conclusus fons signatus* (2), del *flos campli* (3) y *del lilium cavallium* (4), reminiscencias que serían muy buenas si se hubieran adquirido después de un profundo estudio de los libros sagrados, aunque entonces tal vez no se hubieran usado en los versos que nos ocupan, porque á nadie, que sepamos hasta lo presente, se le había ocurrido encajar á la fe los textos en que Salomón se dirige á la esposa y describe y encomia el origen de la sabiduría.

Pruébanos á la vez la falta de plan el ver que la estrofa 14 habla de Jesucristo; la 15 y la 16 de los Mártires; la 17 de las Cruzadas, y, sea dicho de paso, del *bíblico Cedrón*, al cual si se le condecora con tal adjetivo, porque la voz *cedrón* se halla escrita en la *Biblia*, ya se nos pueden sacar todos los nombres de un diccionario, que pocos serán los que no pueden llamarse, por paridad de razón, bíblicos; la estrofa 18 habla de Tebaida, y de unas cuevas, y de un arsenal, y unos *les*

(1) *Eclesiastés*, c. XXIV, v. 18.
(2) *Can. Cantic.*, c. IV, v. 12.
(3) *Can. Cantic.*, c. II, v. 1.
(4) Ibid.

que no hemos podido entender; tampoco hemos podido saber por qué Tolemaida temblaba como un reo de muerte al escuchar el *credo santo*. En las estrofas 19 y 20 se hallan la cólera de don Julián, de un reto á los moros de Covadonga y del Genil; en la 21 está aquel famoso incrédulo, que aunque señalado con el índice en *aquel*, no estamos muy seguros de si será San Pablo; sea quien fuere, ello es que no va solo, pues le siguen Lucas y Mateo, Marcos y Juan, Cirilo y Ambrosio. Luego se habla de la civilización, luego de la Iglesia, con otra reminiscencia, más á cuento en verdad que muchas, sobre lo de *dilectus meus mihi, et ego illi, qui paritur inter lilia* (1). Luego se habla de San Pedro y en seguida de Lutero y Calvino; después hay un apóstrofe á la *limpia fe* y se le llama, además, *estrella, arroyo de aguas vivas, abrigado barco*, etc.

Es por ahora cuanto apuntamos en principio de la Oda *á la Fe*.

Detalles de ejecución y de técnica.

Hagamos su juicio en forma y á la vez propongámonos un breve comentario comparativo.

LA FE es un dogma y un sentimiento: como

(1) *Can. Cantic.*, c. II, v. 16.

dogma lo prescribe imperativamente la religión; acógela el corazón como sentimiento consono con su índole, acorde con sus instintos; conforme á sus necesidades de amor ferviente y de expansión religiosa. Considerada así como mandato exterior, y como afecto íntimo y puramente individual, la fe está contenida, por los términos, en el símbolo de Nicea, en el de San Atanasio y hasta en el catecismo de Ripalda, no pocas veces, en verdad, religioso y hasta poético; la fe cristiana, pues, es el credo católico, y el credo católico puesto en verso puede ser, con el auxilio de la inspiración y del arte, una composición poética ortodoxa, al par que poética, salvo que en esta forma concreta, constreñida la fantasía á un campo estrecho de nociones y vulgaridades, forzosamente ha de caminar con trabajo entre el escollo de lo común y el no menos temible de lo alambicado y culterano.

No se opone el considerar á la fe como dogma y también como tradición, bebiendo en las fuentes copiosas de la Biblia, esa inefable misteriosa unción que forma uno de los encantos de aquel libro sagrado, depósito de toda verdad, maestro de toda enseñanza, rayo de toda luz, raudal de toda poesía, múltiple imagen, símbolo y

modelo de cuanto en la tierra y en el cielo es santo, bello y justo. Cantada con el arpa de Sión, en el tono de un arrebato lírico de David, de un idilio de Abraham, de una lamentación de Job, de una terrible conminación de Isaías, *la fe* puede ofrecer á la rica vena de un poeta bien nacido en la musa cristiana un tesoro de harmonías tan variadas como encantadoras, tan jugosas como nervudas.

Aquí, si hay escollos, consisten ellos en la apropiada elección de los materiales y de los ejemplos. (En donde, como hemos apuntado, ya anda más que desorientado el Sr. Romea.) Para lo cual, no menos necesario es un gusto exquisito.

Con todo lo dicho no hemos, sin embargo, enumerado las fases todas que puede presentar la fe para las apreciaciones del juicio y para las instrucciones de la poesía religiosa. Una tiene que las comprende todas, y es la faz histórica.

La fe, en efecto, es algo más que un dogma, que un sentimiento, que una tradición; la fe es una historia maravillosa cuyo principio y fin está en Dios; historia que empezó el día del nacimiento del mundo y que concluirá el día de su muerte.

Viajera eterna de todos los siglos en el ámbi

to inconmensurable de todo lo creado; viva siempre, aunque no siempre visible á nuestros ojos imperfectos, la fe nos hace asistir al génesis del universo, nos marca en el mapa de la humanidad el camino de la civilización, y con el faro encendido de una vez para siempre en el Calvario, alumbra el vestíbulo misterioso del santuario donde se encierran sus futuros destinos. La fe es el primitivo *Fiat lux* que sacó de la nada el universo; es el arca que salva las generaciones; es el ardiente Sinaí; es el Gólgota incruento; es el lábaro de Constantino; es la mano que rompe las cadenas de la esclavitud; es el hombre que padece y perdona; el mártir glorioso; el confesor entero y firme; es la virgen casta; es el sacerdote de inagotable caridad; es el evangelio que redime, la libertad que nace, la libertad que progresa, la libertad que regenera, la santa igualdad, la fraternidad humana que refleja la divina, el error vencido, la verdad triunfante; es en el cielo la luz, en el infierno las tinieblas, en el mundo la civilización; como dogma, tranquiliza la conciencia; como sentimiento, purifica el corazón; como idea, satisface la inteligencia; como tradición, explica lo pasado; como historia, explica al mundo lo pasado, lo presente y lo futuro.

Ahora hagamos el examen comparativo de la *Oda á la Fe*, del Sr. Romea.

En efecto, creemos que la del Sr. Romea canta á la fe concreta al Catecismo de Ripalda; la del Sr. Cervino canta á la fe tradicional, y la del señor García de Quevedo canta á la fe histórica en toda su transcendente expresión.

La forma misma exterior de estas composiciones confirma el juicio que acabamos de enunciar; pues en los versos alejandrinos del Sr. Romea se cree percibir la acompasada, monótona salmodia de los cantos escolares; en las silvas del señor Cervino el tono libre, arrebatado, y algunas veces atrevido, de la poesía hebraica, y en las octavas del Sr. Quevedo los acentos majestuosos, llenos de gracia, unción y sencillez, que sólo son dignos de altos asuntos religiosos.

No que atribuyamos al metro más importancia de la que en sí tiene, sino que esta importancia es grande cuando puede contribuir de una manera sensible á producir efectos de onomatopeya y cuando ha sido escogido adrede por sus autores como elemento esencial de sus poemas.

Como quiera que es ya llegado el momento de descender á pormenores que confirmen ó desmientan nuestros juicios, diremos que el señor

Quevedo da principio á su composición con el *fiat lux* de la Escritura, y dedica las primeras octavas á narrar la grandeza y el poder de Dios.

Para cantar la *Fe cristiana*, ¿por dónde empezar sino por el principio de esa fe?

«Hay un Dios. ¡Tierra y mar, y fuego, y vientos,
cantando van á un tiempo su alabanza;
revela su hermosura el firmamento;
la tempestad su túrbida pujanza;
su infinito saber el pensamiento;
su bondad infinita la esperanza;
el almo Sol su brillo soberano;
su vasta inmensidad el Oceano!"

Octava en la que haremos notar un bello pensamiento que va luciendo en un bello verso como una gota de rocío en el seno de una rosa:

"Su bondad infinita la esperanza."

Á falta de otras pruebas que demostrasen la existencia de Dios, la esperanza bastaría para hacer presentirla al corazón y revelarla á la inteligencia.

¡La esperanza! Hilo de oro que nos ata al cielo; aspiración misteriosa á la inmortalidad; aliento de la vida perecedera del mundo, única flor nunca marchita; afecto convertido en virtud para

hacer posible el amor puro; la creencia santa y el sufrimiento sublime.

No menos bellas son las tres octavas restantes; pero no siéndonos posible copiarlas todas, nos contentaremos con citar la que, entre todas, nos parece mejor por la versificación, por los conceptos y por la suavísima ternura que encierra:

«¡Hay un Dios! Le tributan homenaje
la encina secular en el altura,
el zumbador insecto en el follaje,
el cristalino arroyo que murmura;
en su tierno, dulcísimo lenguaje,
el ruiseñor que canta en la espesura,
en su gruta el león con su rugido,
con su arrullo la tórtola en el nido.»

Aprobando la idea indudablemente poética de contraponer el poder y la grandeza de Dios por la fe cristiana á la soberbia y pequeñez del hombre que en su delirio lo niega, creemos que el Sr. Quevedo pudo muy bien expresar esto en menos versos y en versos más en armonía con los anteriores y posteriores de la composición hasta el fin.

Y decimos esto por no disimular que, en nuestro sentir, sobran para tal objeto las octavas 6.ª, 7.ª y 8.ª, destinadas á ampliar ociosamente, si no ya con perjuicio de la rapidez y energía indis-

pensables en la oda, un pensamiento bueno, exacto, pero ya expresado en la octava 15.ª cuando dice:

«Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿á qué el renombre que el mortal ansía?
¿Para qué la virtud del varón fuerte?
¿Para qué la inspirada poesía?

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra
sin la luz de esa antorcha soberana?»

Es buena la comparación que para responder á esta pregunta establece el autor entre el hombre privado de la luz de la fe y entregado á su propia flaqueza y una flor trasplantada á otra tierra, lejos del cielo de la patria.

No está exenta de defectos esta oda. Ya hemos notado alguno tal cual grave de plan y de composición, y no sería difícil hallarle algunos más; en general, los versos del Sr. Quevedo llevan consigo el pecado de la facilidad con que los hace, facilidad contra la cual le aconsejamos precaución en lo posible, por ser ella ocasionada á los vicios de incorrección, como los de "en *el* altura". Debemos, no obstante, reconocer: lo primero, que es ésta, entre todas sus composiciones conocidas, la que menos tiene de estos vicios é incorrecciones; lo segundo, que en parangón de las bellezas reales de la oda á la fe cristiana, los defectos de forma y ejecución métrica son lunares pequeños, y lo tercero, que por final balance de cuenta poética resulta que el Sr. Quevedo alcanza de los jueces una buena suma de justicia.

VI

¡Gloria a ti, oh fe santa! Querube de su trono te llamó el Señor; credulidad, el infierno; locura y fanatismo, el error falaz; báculo y escudo, la inocencia y la desgracia; guía venturoso, la verdadera ciencia; *Fe*, por último, la religión, que, aclamándote madre, venció al mundo, y fijó en él para siempre tu bandera, cual faro luminoso y espada centelleante.

¡Anima mi espíritu, virtud de las virtudes, é inspírame para que pueda decir tus loores!

Paz, cantos y aromas hubo en el cielo cuando los espíritus divinos velaban su faz para acatarte reverentes, y te seguían envueltos en la luz que despedía la huella de tu paso; pero fué un día en que los ángeles rebeldes te negaron y escarnecieron; y ese día, sólo ese día hubo en el cielo

tinieblas, silencio pavoroso, porque los ángeles fieles gimieron, trocáronse las arpas de oro en espadas fulminantes y hubo guerra. La primera y última guerra del cielo.

¡Lo mismo sucedió en la tierra á los que de ti se apartaron!

¡Caín vertió sobre la alfombra de inmaculado césped la primera sangre del primer crimen! ¡Álzate y dilo tú, pálida sombra del manso y hermoso Abel, tan querido del Señor!

Y dilo también tú, cólera del Altísimo, que convertiste el orbe de la tierra en un mar sin playas, y tú también, misericordia del Altísimo, que hiciste lucir después del diluvio el Iris; después de la justicia, la clemencia.

Y no bastó: repoblado el mundo, rechaza la fe salvadora de Noé; pone en lugar de Dios ídolos de barro, y en el santuario de la conciencia derriba de su diamantino pedestal la virtud para adorar sus pasiones locas y sus apetitos veleidosos.

Y en su soberbia piensa el hombre escalar el cielo con sus andamios terrestres; nace de la locura del pensamiento la confusión de las lenguas; créese la vana ciencia de Egipto y de la India poseedora de la verdad, cuando sólo abraza el

error, y no parece sino que la religión, hendiendo el éter con sus alas de fuego, abandona para siempre la morada obscura y miserable de la tierra y vuelve á su patria celestial.

Pero no; que brilla todavía sobre la frente patriarcal de Abraham é ilumina las miserias gloriosas de Job. Y da á Moisés brazo para domar los Faraones y voz para abrirse camino á pie enjuto por el mar. Con sólo invocarla detiene Josué el movimiento del astro rey, y así como estalla aterradora en las cóleras de Isaías, llora con Jeremías, suspira con el arpa de Sión, cuyos ecos repite aún el mundo enternecido.

Y éstos no son sino los preludios del triunfo que Dios te prepara en el Gólgota, cuando el cordero sin mancilla despide del costado herido sangre que baña y purifica el universo, y que por el amor lo regenera.

Cristo aparece, y el mundo, como Lázaro, resucita. Leviatán se estremece; cae Jove derribado de su olimpo mentiroso; ídolos, templos y sacerdotes del error desaparecen: la musa de la verdad y de la libertad es la musa cristiana, y verdad, libertad, amor y fe van predicando por la tierra los sencillos hombres á quienes se comunicó la divina enseñanza.

Pablo, el Apóstol de las gentes; Pedro, que abre ó cierra las puertas de los cielos.

¿Qué vale oponer á la fe el martirio? ¿Y á la voluntad del Criador la fuerza de la criatura?

Siéntase el cristianismo en el capitolio, y desde allí extiende sobre el mundo su maravilloso manto: á su abrigo se acogen el huertano y el menesteroso anciano; albergue del fatigado; puerto en la borrasca al náufrago, alivio y paz á las naciones.

¡Bañó en lumbre divina la pluma de Agustín; inspira á Rafael, á Miguel Angel, á Rubén, á Murillo; lanza al infinito la dorada cúpula de San Pedro; echa en las entrañas de la tierra los cimientos potentísimos del Vaticano y El Escorial; tremola sobre Jerusalén el estandarte de Godofredo; dirige la carabela de Colón; derriba de la torre afiligranada de la Alhambra la soberbia media-luna, y después la ahoga en las embravecidas aguas de Lepanto.

Y el hombre, ciego, envanecido con los triunfos de la inteligencia, se atreve á negarle.

¿Dónde sois idos, días de bendición en que los hombres vivieron fraternalmente en tu regazo?

Paloma del arca de la nueva alianza; iris de la esperanza y del consuelo; escala de Jacob que

une los cielos á la tierra: contigo reaparecerá la aurora de aquellos días que sólo lucieron sobre el Paraíso, y desaparecerá para siempre el báratro profundo.

Tenemos la presunción de creer que el señor Cervino nos perdonará la libertad que nos hemos tomado de trasladar á mala prosa sus excelentes versos, siquiera sea en gracia de la exactitud y buena voluntad con que hemos cometido este, en realidad, enorme desacato.

¿Y por qué no?

Bella nos parece su *oda* en prosa, no obstante algunas intercalaciones de nuestra cosecha á que el asunto con amor irresistible nos convidaba. ¡Cuánto más bella, pues, no será en verso! ¡Y en verso flúido, armonioso, rubio y espejeante! Bella, en efecto, es la *oda;* y porque es bella hemos querido someterla á una prueba terrible, de la que esperamos saldrá pura y victoriosa; la hemos privado de sus fascinadores ropajes, y también es bella desnuda; la hemos cubierto de tosco sayal, y no echamos de menos sus brocados, sus perlas y sus floridas trenzas.

Bella es la oda, aunque incompleta y desigual.

Incompleta en el plan, porque no obstante la irregularidad académica de éste, faltan en él

puntos esenciales que el Sr. Cervino no ha debido pasar en silencio como poeta, por más que le cerrase la boca su calidad de hombre político.

Como efectos del triunfo cristiano nos habla el autor de la emancipación de la mujer, de la extirpación de la esclavitud y de la reconquista y dignidad del hombre en un trozo magnífico, que citaremos más adelante; pero no consagra ni una palabra á la *libertad*, palabra ésta que ni por acaso se halla en la composición, con ser inseparable de la palabra *cristianismo*. No parece sino que el Sr. Cervino la repelía adrede de sus labios porque los quemaba.

La venida de Jesús es el hecho generador de la civilización humana; en tanto que ese hecho providencial contiene en germen todos los demás hechos políticos, civiles, religiosos, artísticos, científicos que en esa civilización se han desarrollado y que forman su esencia, su espíritu, y también su estructura. Para el Sr. Cervino, sin embargo, ese hecho maravilloso sólo ha ejercido influencia en la constitución del matrimonio, en la modificación de una clase social, en las artes, en las cruzadas, en el descubrimiento de América, y en dos victorias señaladas de las armas españolas.

Mucho es esto; mas ni todo, ni lo suficiente para dar una idea exacta de los inmensos beneficios de la fe cristiana considerada en la vasta extensión de su pasmosa historia.

Grandes son, en verdad, todos esos hechos y algunos de ellos fundamentales; pero también son grandes, fundamentales y comprensivos los muchos órdenes de hechos que el autor no menciona, y entre los cuales figuran en primer término los hechos sociales que la civilización ha venido elaborando desde la aparición del cristianismo hasta nuestros días, y de cuyo final establecimiento depende la vida de la humanidad. Decimos la vida y no exageramos; porque esos hechos, después de haber servido de base á las antiguas sociedades, alterados por el cristianismo, constituyen los problemas que agitan y conmueven hoy las naciones.

¡Lástima grande que poeta tan fácil, tan abundante y tan sonoro, se haya privado vuluntariamente de recursos eminentemente poéticos, que ofrecía con mano pródiga á su musa el genio de la libertad de los pueblos!

¡Qué! ¿No es grande, no es sublime, el consorcio sagrado de la religión y de la libertad? ¿No se presta á los encantos de la poesía el

nacimiento de la libertad del seno de la Religión? ¿Habría perdido algo la oda del Sr. Cervino, si éste en un feliz instante de inspiración profética hubiera visto sus triunfos en lo porvenir; la tiranía extirpada de la tierra; la discordia feroz encadenada por la fraternidad de los hombres y de los pueblos; las razas unidas; los gobiernos reconciliados; la humanidad, en fin, postrada al pie de la cruz, y otra vez por ella regenerada y redimida?

No creemos que haya en el mundo, después de la gloria del poder de Dios, objeto más digno de la poesía verdaderamente elevada que la gloria y el poder de la libertad.

¡Ay de los pueblos cuando los gobiernos la rechazan y los poetas la esquivan!

Hemos dicho también de esta composición que es desigual.

Creemos apoyar nuestro razonamiento de desigualdad en virtud de los diversos grados de importancia que ha dado el autor á los diversos asuntos que toca, así como del desempeño artístico de ellos.

La estrofa 4.ª, dedicada especialmente á cantar los tiempos de Nemrod y el sacrificio de Abraham, nos parece usurpar en la obra del señor Cervino el lugar de más elevadas reminiscencias históricas. Lo mismo decimos, no obstante su mérito sobresaliente, de la estrofa 5.ª, consagrada á la gloria de Job, de Moisés y de David.

Estas observaciones no menoscaban en modo alguno el mérito puramente poético de la composición; pero dañan el conjunto de ella, dejando sin la correspondiente proporción y simetría sus partes componentes; por lo demás, ellas comprueban lo que ya hemos dicho en otra parte acerca de la preferencia dada por Cervino al elemento bíblico sobre el elemento propiamente cristiano, y para convencerse de ello basta tener en cuenta, después de lo dicho, que cinco estrofas, de las diez y siete que componen la oda, tratan de asuntos relativos al Viejo Testamento. Siempre hemos alabado en este joven poeta la afición al estudio de las Escrituras: el argumento requería, ahora más que nunca, una excursión á ellas; la excursión ha sido feliz; pero ha habido en ella, á juicio nuestro, judaica intemperancia.

Parécenos que podía tener más nervio, más intensidad la estrofa 6.ª, en que introduce por primera vez el poeta al Bautista y al hijo de María; las estrofas siguientes, hasta la 10.ª inclusive, consagradas á la natural amplificación

del asunto, son de lo mejor y más bello. Hermosa es una gran parte de la 10.ª; pero nótase en ella que el poeta, empezando, sin duda, á encontrar estrecho el espacio, apenas dedica unos cuantos versos á lo que debiera ser objeto principalísimo de la oda: es á saber, á la influencia de la fe cristiana en las costumbres, en el estado social de los pueblos, en la moral y en los afectos humanos.

Incompleta es también, bajo este punto, la oda del Sr. Quevedo, pero indudablemente las cuatro últimas octavas de ésta son muy superiores á la estrofa 10.ª y á la 1.ª la 12.ª, que consagra Cervino en la suya al mismo asunto.

En loanza de los mártires, Cervino resulta también poco afortunado.

Quevedo trata este asunto así:

"Lucha en vano el error: hombres obscuros
se lanzan á la lid con faz serena:
—¡Morir para vencer!—gritan seguros.
Y en sangre bañan la ominosa arena."

Morir para vencer es un pensamiento sublime comparable con lo mejor que se conoce en este género; no lo es más el famoso *qu'il mourut* de Corneille.

Hasta aquí (gracias á Dios que acabamos la penosa tarea de censurar y comparar, para la que, por fortuna ó por desgracia, no hemos nacido); hasta aquí, decimos, cuanto en conciencia, según nuestro leal saber y entender, tenemos que objetar al autor afamado del poema *La Virgen de los Dolores;* no poca hemos tenido en buscar defectos á su oda, antes que acreditarnos de imparciales, por echárnosla de Aristarcos concienzudos. Concluída semejante tarea, tenemos que llenar la parte más grata, que es la del encomio.

La introducción de la oda de Cervino, en efecto, es de una belleza que encanta:

«Tú, cuyo influjo santo
desde el cielo al abismo se dilata,
virtud de mil virtudes fuente viva;
tú mi espíritu aviva,
á ti dirijo mi ardoroso canto.
¡Pluguiera á ti que el pensamiento mío,
para decir al mundo tus loores,
imitara del aura entre las flores
la dulce voz y el resonar del río
melancólico y tierno,
y el rugir de los mares al impío
funesto embate de aquilón bravío.»

Hablando de los prodigios que la fe ha obrado por medio de los profetas, exclama:

«¿Quién logró que olvidase el blando nido
el águila caudal; que el bronco trueno
tuviese amor del aura delicada;
que depusiera el áspid su veneno
y los tigres indómitos su ira?
¡Oh fe! La no imitada
sonorosa pujanza de la lira
que pulsaste en Sión, y su eco blando
más que blando favonio
de primavera, cuando
en los sauces gimió del babilonio.
Hoy es, y el sacro Tibre
su linfa aun vierte en la menuda arena;
hoy, y el revuelto Sena
detiene el curso libre,
y el aurífero Tajo se atonía
y por su lecho perezoso cunde
al escuchar tu plácida armonía,
que de uno al otro polo se difunde.»

Y personificando la fe en la estrofa 7.ª para anunciar la venida de Cristo:

«Oigo el rumor de las brillantes plumas
como rumor de viento
que encrespa las espumas
del líquido elemento.
Ya en sus espacios cóncavos te miro
cernerte en noble giro
sobre el santo Cenáculo. No el ave
ministro del profeta evangelista
con tanta majestad el vuelo sabe
tener en el espacio
y en la llama del sol fija la vista.»

Sería preciso reproducir aquí las nueve décimas partes de la composición si quisiésemos ofrecer al deleite de los lectores los pasajes de ella que, como éste, son primorosos por la nítida dicción, por la pureza del lenguaje, por la fluidez del verso, por la dulzura de los pensamientos, por la novedad y exactitud de las imágenes y por otras muchas dotes que sobresalen.

Consuélese, pues, el Sr. Cervino de la distracción que han padecido los señores jueces, que juez más alerta es el público, y que, por otra parte, sabe más que todos los académicos juntos, y, sin embargo, suele con harta frecuencia equivocarse.

Ya en tiempos de Cervantes, y mucho antes, eran las avaluaciones artísticas achacosas y los peritos soñolientos, de donde resultaba que siempre tomaban los tales una cosa por otra, sin maldito de Dios el cuidado. *Nihil sub sole novum*, amigo Cervino; lo que en tiempo del Manco sucedía, hoy sucede con agravantes, y lo que hoy sucede, mañana sucederá con más agravantes aún.

¡Tal es la frágil condición humana, que suele errar en donde con más ahinco debiera buscar el acierto, y fallar menos bien en lo que conoce mejor! Por eso quisiera yo que conviniésemos todos,

para lo sucesivo, en confiar la judicatura poética á un jurado compuesto de los electores del distrito, legos ó no en Horacio y Quintiliano; que así, ya que no obtuviésemos sentencias peores que las comunes, ganaríamos la uniformidad de todas las especies de sistemas electorales conocidas, con nueva prez de bienaventuradas instituciones electorales.

Hecho el examen que nos propusimos, pasemos ahora á la oda premiada, y cuyo autor es el Sr. Romea.

VII

La oda premiada con medalla de oro.—El prólogo de D. José Zorrilla.

"¡Salve Virgen modesta, de los vendados ojos,
que estrechas en tu seno la venerada cruz!
¡Tú, guía eres del hombre que ciego va entre abrojos;
tú, en noche tormentosa, su apetecida luz!
¡Raudal eres constante de dichas y placeres;
palmera que nos guarda del estival ardor;
eres fuente sellada, cerrado huerto eres
de hermosas flores, lleno de regalado olor!
¡Temprana flor del valle, tierno lirio del campo;
balsámica azucena del místico vergel;
más blanca en tu pureza que de la nieve el ampo,
más dulce en tus palabras que la apretada miel!
¡Sin ti no hay alegría, si tú nos abandonas
el llanto y las miserias del hombre van en pos!
¿Qué son sin ti los pueblos, los tronos, las coronas?
¿Qué la sabiduría sin el temor de Dios?"

No obstante los pequeños é insignificantes defectos de acentuación y eufonía que una crítica escarbadora y descontentadiza pudiese encontrar,

pudiese hallar con lente microscópico en estos suaves y encantadores versos que sirven de pórtico á la oda de Romea, para nosotros son superiores con mucho á los que vienen de introducción á las composiciones ya analizadas: de exprofeso las aludimos al principio de este estudio, aun cuando fué para señalar lo inacorde de algunos de sus puntos histórico-religiosos.

Por otra parte, hemos hallado casi injusto á D. José Zorrilla (que es quien escribe el prólogo que va al frente del folleto que contiene esta oda), injusto decimos: afirma de Romea, que *en vez de remontar su imaginación á las regiones ardientes de la inspiración poética, purificó su alma en el fuego de la fe cristiana, y apartando la pompa de la dicción, dió á su palabra la sublime sencillez del Evangelio*; y decimos casi injusto si por ventura ha querido dar á entender que en estos versos no están perfecta y primorosamente hermanadas la pureza religiosa y la sencillez evangélica con el ardor poético y las galas de la dicción; si bien es cierto que en ellos predominan sobre las segundas cualidades las primeras; lo cual, á nuestro juicio, no es un defecto en el presente caso.

Pero, ¿corresponde el santuario de este templo

á su pórtico magnífico? ¿Es digno su fin de su principio? Nuestros lectores juzgarán por la fiel aunque breve descripción que vamos á hacer del que, mejor que edificio, debe llamarse ahora monumento consagrado por la bendición de su premio solemnísimo.

Como prueba elocuente de las verdades que ha apuntado en la estrofa 4.ª, invoca el autor el ejemplo de Jerusalén, la reina de las santas ciudades, *poderosa cuando caminó en las vías del Señor*, reducida cuando de ellas se apartó, á miseria y servidumbre en la infamante degradación de las conquistas griegas y romanas:

> «Y esposa sin esposo, desconsolada viuda,
> su bien perdido llora, hundida en tanto horror;
> hoy reina sin corona y en servidumbre ruda;
> hoy virgen profanada por su brutal señor!...»

Creemos sea ésta la única estrofa digna de traslado, en las cuatro dedicadas á tan grandioso objeto. Las tres restantes son flojas, incoloras, imprecisas, todas descabaladas en la dicción y en las palabras desacertadas en extremo.

Vamos á poner en prosa las nueve estrofas más notables de toda la composición, á ver si así tendremos poesía, porque al leerlas en poesía, nos han resultado prosa:

"Naciste, ¡oh Fel, Virgen de los vendados ojos, en cabañas de humildes pescadores, sin más poder ni apoyo que el que podían ofrecerte los limpios corazones; y al empezar tu camino reyes y señores clamaron guerra contra ti.

„Y arrójanse bramando á la pelea; amontonados y del tropel al empuje de las furias infernales que rugen como el huracán, asuelan la ancha tierra y encienden en el corazón de los hombres el amor á la guerra, la sed de sangre, etc.

„Tú, en tanto, serena, tranquila, resignada opones la humildad á las sacrílegas iras humanas, mientras en pos de ti, cubriendo de luz y flores las huellas de tus pasos, caminan alegre y afanosa plácida Esperanza y la santa Caridad.

„Y santo, santo, santo, cantan sus almas puras ante la hoguera, el hierro, el dogal; y santo, santo, santo, responden en las alturas, abriéndole los cielos al coro angelical."

En todo esto, indudablemente, hay vuelo imaginativo: explique, pues, quien pueda, no recurriendo á nuestra hipótesis, cómo ha podido convertir en cobre impuro tanto oro fino el mismo alquimista de cuyo crisol ha salido. Precisamente cuando fijos en el preciadísimo metal la lima y el lente microscópico de una habilidad felizmente aplicada en otros casos, quería darle pulimento y viso. Atribuimos todo esto á la rémora del metro elegido, he aquí el naufragio, y nos salvamos de él acogiéndonos á la tabla de salvación de la estrofa 16.ª, llena, como se ha visto, de unción y majestad.

Un hombre de talento como Romea no podía olvidarse, tratándose de los milagros de la fe cristiana, ese milagro pasmoso de la lucha hispanoarábiga, que duró siete siglos y salvó la unidad católica de Europa, ni la victoria que á orillas del Genil coronó el más sorprendente ejemplo de heroísmo que ha dado jamás ningún pueblo de la tierra. ¿Ni cómo pasar en silencio el recuerdo de los Evangelistas, ni el de los Apósles, ni el de los santos Doctores de la Iglesia, por cuyo esfuerzo

> Ante la gran Basílica de la Roma cristiana
> se inclina el capitolio de la Roma gentil.

Lutero y Calvino debían figurar en la rápida revista cristiana del poeta, puesto que estos dos grandes Proteos fueron en el cristianismo á manera de Sansones que derribaron el templo de la fe sobre sus propias cabezas.

¿A qué continuar en el análisis detallado de toda la obra del Sr. Romea?

Sólo nos resta mencionar un hecho curioso: Veinticinco estrofas emplea el poeta en el asunto del diluvio universal; y en todo ese diluvio de estrofas, el diluvio de que salvó Noé abrazado á su fe cristiana, no aparece por ninguna parte.

Enmarañamiento de metáforas, reticencias, crispaturas de metro y de lenguaje, cacofonías, y un desmayo en toda la ejecución de este período

Y de estos defectos hay muchos en toda la obra. De modo, pues, que sobre tal particular nuestro juicio es que su mayor joroba es la *irregularidad*; en ciertos pasajes llega á lo sublime y á lo inefable, en lo que ha llamado D. José Zorrilla sencillez evangelica, y en otros, que son la mayoría, una notoria bisoñez de procedimientos.

Y ya que hemos vuelto á encontrarnos con el Sr. Zorrilla, recordando sus conceptos en el prólogo de la oda del Sr. Romea, no podemos menos que dedicarle algunas consideraciones que le atañen, puesto que su actuación como prologuista se lleva las tres cuartas partes del folleto en que va publicada la composición que examinamos.

La larguísima relación del Sr. Zorrilla, en efecto, tiene su explicación: el Sr. Zorrilla es poeta,

y de los de rica vena, por cierto; y al escribir el prólogo del Sr. Romea, desató los arpegios de su cítara de oro; y no pudiendo contener las alas de su fantasía, hizo una obra de prólogo que sobrepasa la obra prologada.

Cosa bastante encomiable, porque ello demuestra: primero, que el autor le merece los mayores aprecios, y segundo, que el asunto que le venía á las manos le era, más que conocido, familiar.

Pero no pudo salvarse de las multitudes de errores y desaciertos que condenamos en su prologado.

"La sencillez evangélica" que él encomia tanto, no pasa de ser una hipérbole; más adelante afirma que en la *sensibilidad del talento* de Romea predomina *lo recio y hondo de las pasiones.*

¿Cómo puede concebirse la sencillez evangélica entre lo recio y hondo de las pasiones?

"¿En la sensibilidad del talento?"

Hay decires que en realidad no pueden tildarse de disparates; pero tampoco se les puede llamar de lo contrario, porque, aunque parece igual, tampoco es lo mismo.

¿Ha sido un capricho de fantaseador de D. José el poner esta nota abollonada en la oda del lauro?

Perdónemos el joven y distinguido poeta esta ríspida observación que hemos hecho, si bien, á pesar nuestro.

Por lo demás, ya sabe él el aprecio en que le tenemos, por las amenas horas que nos ha proporcionado leyendo las producciones de su cítara de oro, tan noble y tan resplandecedora en el resonante eco bélico como en el quejumbroso treno.

Mas, volviendo á Romea y su laureada oda: Una de las causas en que reposa la creencia que abrigamos de su desacierto poético (y decimos desacierto, no de una manera radical, sino puramente parcial; queremos decir, que el desacierto consiste en algunos pasajes de su obra, abundando en otros el mayor mérito, y que con gusto hemos señalado); decimos, pues, que la causa principal se debe á su pésima excogitación de metro.

¡El alejandrino!

Y no es que creamos que el alejandrino no sea un metro poético como todos los demás, ni que adolezca de fuerzas para empujar briosamente la técnica de la estrofa, sino que el señor Romea maneja, lo primero, con más soltura otros metros, y que tal medida poética, lo segundo, no se adapta á la majestad y pompa de la oda.

¿No ha leído Romea, como hemos leído todos los que cultivamos el gayo saber, á fray Luis de León? ¿Y al de Granada?

Claro que sí los ha leído y hasta se los sabe de memoria, y es lógico que así sea, puesto que una de las mercedes más hermosas que hizo la Providencia á España fué esa de haberla dotado de ingenios en todos los tiempos que pasman y pasmarán á las generaciones.

¡Y qué tono y qué medida más propios para la oda que la empleada por fray Luis cuando dice:

Cuán descansada vida,

y después de esta soberana y majestuosa expresión avanza lentamente por los paraísos de la poesía más veneranda!

Y junto con muchos ejemplos de la poesía sagrada, la encendida y detonante estrofa de Rioja:

Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa...

Los ejemplos son infinitos de la armonía y las analogías que hay entre la índole y el procedimiento en altas cuestiones artísticas.

El alejandrino tiene su belleza, su sonido, su tenue y adorable dulzura. La técnica de este verso es acaso la más sutil que se conoce en cuantas inventó la imaginación galana de los poetas; pero por lo mismo que tiene una forma, un aspecto, una sonoridad especial, debe aplicársele juiciosamente.

Es este un detalle que estando separado, y mucho, de la poesía, la afecta muy íntimamente. Se diría que esa es la parte especulativa de la poesía.

Y no es posible librarse de la tiranía especulativa, de la fría realidad aun en las cosas de mayor encanto. En todo está la prosa. En todo aspecto de vida hay algo de gris.

Brota el rosal del podrido estercolero; sale el traje cuajado de sedas y oro y perlas riquísimas de las más bellas princesas después de haber pasado por la tijera acaso enmohecida del sastre, del alicate herrumbroso del joyero, y acaso la tela repujada, resplandeciente, alegre y metálica, acaso la tela de seda sutilísima salió de dos manos ancianas, huesosas, flácidas.

Hay que cultivar, Sr. Romea, primero, la parte *especulativa*, la *ejecución*, la *elección* de los elementos, y después de preparados los misérrimos artefactos, suelte sus alas de oro y rosa la santa poesía.

Finalmente, dicen los técnicos, y dispense usted que abuse de esta palabreja, siguiendo la última moda: que los pintores antiguos eran superiores á los modernos.

Y nosotros, sin ponernos á analizar la opinión, le damos la buena pro.

Los pintores modernos compran pinceles, pinturas y tela *hechos* en las fábricas.

Los antiguos tenían que fabricar sus pinceles, su pintura, su lienzo: luego estos elementos quedaban á *su gusto* y, por lo tanto, magistralmente *elegidos*.

VIII

La Doctrina de Proudhon.—Polémica con *El Heraldo.*

Volvemos á la pugna de otro tiempo con los que, haciéndose solidarios de un *genuinismo* que espanta, predican á todos los vientos que España no debe acercarse á sus hermanas latinas del Alpe y del Pirineo.

No vimos ayer, no vemos hoy, no veremos jamás el porqué de ese alejamiento ó, mejor dicho, de ese *aislamiento* en que se quiere mantener á España con respecto á las únicas fuentes de donde puede tomar el adelanto y la civilización, que la habilitarán para llegar armada de punta en blanco á la conquista del futuro.

El arte francés no tiene la sólida aspereza del arte tudesco; pero el arte francés es un encaje.

Involuntariamente, inconscientemente aferrada á un tradicionalismo abrumante, España se ha im-

pregnado en estos últimos tiempos de la esencia del espíritu francés.

¿Qué son, por ventura, sino francesas todas las transformaciones políticas, sociales y económicas que sa han efectuado en el seno de la madre Patria?

¿De dónde tomó España ese movimiento, esa inspiración, que la condujo á arrojar de sí el absolutismo para abrazarse á la tabla de salvación que le ofrece el ideal democrático?

¿Esas ideas, esos principios por dónde entraron en la Península?

Responderemos sin vacilar á nuestra propia pregunta: Esas ideas, esos principios, que son nuestro orgullo y nuestra más geniosa conquista, arrebatáronlas los recios y vivificantes vientos de la Fronda y las arrojaron al suelo español.

Esas ideas, esos principios, emprendieron el vuelo, y como águilas caudales pasaron por las cumbres de los Pirineos, desafiando con la potencia de sus alas todos los huracanes y todas las borrascas del infinito.

Y aun hay espíritus intransigentes que claman contra la aproximación de España al espíritu que como una lámpara maravillosa alumbra el derrotero á la humanidad en su avance hacia el perfec-

cionamiento, hacia la suprema conquista de la libertad.

¿Quieren por ventura los tradicionalistas, los conservadores de añejas prácticas, que España, después de haberse estado luchando á brazo partido con la resaca de sus propias preocupaciones, se eche en brazos del imperialismo teutón ó del despotismo ruso?

Se nos llama también á veces *anglosajonistas*, porque hemos establecido lo que al concepto de una ética natural es el término diferencial entre los sajones propiamente hablando y los anglosajones.

¿Desconocemos por ventura la potencia social, económica y política de estas civilizaciones, iguales en su génesis, pero totalmente distintas en su índole?

No hemos negado la excelencia de la civilización tudesca. Tampoco hemos negado la anglosajona.

Tampoco hemos aseverado que sea una superior á la otra; lo que hemos dicho es que son *distintas;* y esta cualidad ni les da ni les quita mérito: es sencillamente un término diferencial, que por otra parte honra mucho á las modernas nacionalidades; precisamente España debe su

atraso actual á su renunciamiento con respecto á la transformación.

Cuando todas las naciones de Europa comenzaron á diferenciarse para ser algo, España cavilaba sobre el Imperio en el secreto de los claustros.

Insistimos que son dos civilizaciones enteramente distintas la tudesca y la anglosajona. Aquélla es *orden* y *disciplina;* ésta es *justicia* y *libertad;* pero ninguna de las dos nos conviene más que la francesa, que lleva en sí, profundamente grabado, el espíritu del cristianismo, esto es, *progreso, libertad* y *fraternidad.*

De suerte, pues, que nuestro *anglosajonismo* es esencialmente *específico,* calcado en la profunda convicción que hemos obtenido de un reposado estudio, estudio comparativo de las diversas nacionalidades y civilizaciones modernas.

Pero vamos á la cuestión del periódico español *El Heraldo* y Proudhon.

En *El Heraldo* se nos alude de la manera siguiente:

"Desde el día en que manifestamos que no nos convenía que el diario de M. Proudhon *Le Peuple* se tratase de propagar por medio de

anuncios en España, citando en apoyo de nuestra opinión las que profesa aquel hombre funesto sobre el Ser Supremo y la propiedad, el señor Rafael María Baralt, en *El Siglo,* ha tomado por su cuenta la defensa de M. Proudhon contra nuestros ataques: lo presenta como un hombre profundamente religioso, y nos trata á nosotros de ignorantes en la materia, afirmando que somos *estacionarios,* que no queremos que el espíritu francés éntre en España y nos civilice.

„En prueba de lo mucho que sabe el señor Baralt en esta parte, le suplicamos que lea la siguiente frase, traducida al pie de la letra de uno de los últimos artículos de *Le Peuple,* que citan con escándalo algunos periódicos de París:

"*Si pudiese fallar en sus determinaciones el* PODER SECRETO *que guía el mundo*—dice monsieur Proudhon—, *habría bastante fuerza en una cabeza para doblegar á la suerte;* SI DIOS PUDIESE VACILAR, UN HOMBRE LE SUCEDERÍA Y OCUPARÍA SU PUESTO."

„¿No estábamos con los instintos de la opinión pública al reprobar que se anunciase en la católica España un periódico que tales máximas contiene? ¿Tiene razón el Sr. Baralt en su defensa de Proudhon?"

Si no tuviésemos sobradas pruebas de que *El Heraldo* no ha leído á Proudhon ni conoce de sus doctrinas más que tal ó cual retazo, truncado ó falsificado por los que se han impuesto la mezquina y degradante tarea de calumniar diariamente á cuantos pensadores distinguidos hacen la guerra á los principios reaccionarios, nos bastaría haber leído el párrafo transcrito para afirmarnos más y más en nuestro juicio.

La opinión ilustrada de España ha formado ya su concepto de los que atacan á Proudhon, porque no la ciega el odio, porque no la azuza la envidia, ú otras pasiones de peor género; también conoce, por lo que ha leído del pensador francés, cuán infundado es el juicio de *El Heraldo* al presentarlo á la vista de sus lectores como un hombre impío, monstruo de la herejía, ateo y enemigo jurado de la familia y de la propiedad.

Por lo mismo no agravaremos con nuestra réplica la tristísima situación en que se ha colocado *El Heraldo*, limitándonos solamente á rectificar algunos ligeros errores que ha cometido en el párrafo que hemos reproducido.

No hemos presentado á Proudhon como un hombre profundamente religioso: hemos, sí, probado (y nos basta) que cree en Dios y que lo

invoca con frecuencia. Ahora, cuanto que *El Heraldo* se muestra contumaz, agregaremos, para atraerlo á arrepentimiento y contrición, que pocos escritores han combatido mejor que Proudhon el ateísmo ni dado más convincentes pruebas de la existencia del *Ser Supremo*. Sobre este punto puede consultar con fruto para su instrucción la obra de Proudhon *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la miserie*, ó si no quiere tomarse el trabajo de leerla, un artículo de *Saint-René Taillandier*, adversario de Proudhon, inserto en el número de la *Revue des Deux Mondes* correspondiente al 15 de Octubre de 1848, con el título *El ateísmo alemán y el socialismo francés*. En ella encontrará, además, *El Heraldo* argumentos de peso contra el socialismo y el comunismo, que le ahorrarán el trabajo de reproducir las vaciedades que sobre estas escuelas publican los periódicos reaccionarios de allende el Pirineo.

Pero para evitar todo trabajo al *Heraldo*, tomémonoslo nosotros copiando textualmente algunos párrafos de la obra de Proudhon:

"Sin un Dios, Artífice soberano, el Universo y el hombre no existirían... Me sería imposible pasar adelante sin suponer la existencia de Dios,

hipótesis fundamental de toda filosofía... El primer juicio de la razón, el preámbulo de toda constitución política que busque una sanción y un principio, tiene que ser necesariamente éste: *Hay un Dios*, lo cual quiere decir: la sociedad está regida con consejo, con premeditación, con inteligencia; sin este juicio, que excluye el acaso, sería imposible fundar una ciencia social, y todo estudio histórico y positivo de los hechos sociales emprendido con un fin de mejoramiento y progreso, debe suponer con el pueblo la existencia de Dios; por lo tanto, la historia de las sociedades no es para nosotros más que una larga determinación de la idea de Dios, una revelación progresiva del destino del hombre... Tengo necesidad de suponer la existencia de Dios, no sólo para que la Historia pueda tener sentido, como acabo de decir, sino también para legitimar las reformas que á nombre de la ciencia deben hacerse en el Estado. Tengo necesidad de la idea de la existencia de Dios para mostrar el lazo que une la civilización con la Naturaleza."

He aquí, pues, lo que dice de Dios el hombre á quien llama ateo *El Heraldo*, ese Proudhon á quien atribuye el dicho impío y brutal de que

Dios es *un ser inútil creado por los ricos para explotar á los pobres.*

No negamos que el altísimo economista francés se distingue por el atrevimiento y la originalidad de su estilo, lo cual hace que sus ataques á los vicios de la vieja sociedad y al Dios del feudalismo y de la hipocresía, escandalicen á los fanáticos y á los hipócritas; pero haciendo al *Heraldo* la justicia de no contarlo entre ellos, no insistiremos más sobre este asunto.

Tampoco hemos dicho que *El Heraldo* es un ignorante en la materia; tan sólo hemos probado que no ha leído á Proudhon, lo cual dista mucho de lo postulado; ¿por qué ha de ser ignorante quien no haya leído á Proudhon? Y que al asegurar que estábamos extraviados con la lectura de las obras de los socialistas franceses, ó ignora cuáles son las doctrinas de éstos, ó no recuerda las nuestras, ó deliberadamente las olvida para atribuirles disparatadas semejanzas.

El Heraldo incurre también en un error al querer sacar de una frase suelta de Proudhon (muy mal traducida por cierto) un sentido enteramente contrario al que tiene en realidad. Verdad es que en esto no ha hecho otra cosa que copiar á los periódicos reaccionarios franceses.

Para que otra vez no se ande *El Heraldo* por las ramas vamos á rectificar las palabras que cita, y se convencerá de que no hay en ellas motivo de escándalo.

Después de explicar Proudhon su teoría revolucionaria en varios artículos que ha insertado el periódico *Le Peuple*, asigna á la revolución de Febrero los siguientes caracteres:

DEMOSTRACIÓN TEÓRICA Y PRÁCTICA DEL SOCIALISMO PARA INSTRUCCIÓN DEL PUEBLO

"La revolución de 1848 es *económica*.

„Esta revolución en la economía social consiste en el reconocimiento y realización del *derecho al trabajo*.

„El derecho al trabajo es *el derecho al crédito*.

„El derecho al trabajo y el derecho al crédito envuelven, por la ley de la reciprocidad, el deber del trabajo y el deber del crédito, que, por lo tanto, es *mutuo* ó *recíproco*.

„Si el crédito es recíproco, es *gratuito*, porque haciéndose todos los negocios al contado mediante la reciprocidad, el crédito viene á ser simplemente una forma de *cambio*.

"Y como el cambio excluye la idea de todo alquiler ó interés del capital, desaparece la artificial y contradictoria distinción establecida entre el acreedor y el que recibe el crédito, entre el capitalista y el trabajador, quedando por lo tanto abolidos los cinco mil millones de renta anual que paga en Francia el trabajo al capital, sobre una producción total de nueve ó diez mil millones; todo para el trabajador, todo para el hombre emprendedor, para el que inventa, para el que tiene la iniciativa; nada para el capitalista parásito, nada para el comercio de especulación y de agiotismo."

Tal es la teoría que sirve de fundamento al *Banco del pueblo* establecido por Proudhon en París, y cuyas buenas ó malas consecuencias podrán apreciarse muy pronto en el terreno de los hechos: que una de las ventajas de Proudhon sobre todos los demás sectarios de las diferentes escuelas socialistas y economistas, es la de haber ofrecido una solución práctica, legal y pacífica de los arduos problemas sociales que hoy se agitan en Europa.

"Pero, ¿será verdad todo esto?—continúa diciendo Proudhon—. ¿Podrá todo esto realizarse? Y ¿cómo? ¿Por qué medios? ¿Cuál será nuestro hilo conductor? ¿Por dónde deberemos comenzar?

„Tengo que responder á todas estas dudas, ó por mejor decir, tengo que poner término á todas estas congojas, porque en el punto á que hemos llegado, si la IDEA no está aún demostrada, se ha elevado por lo menos á tan alto grado de probabilidad, que no es ya la duda lo que atormenta al espíritu, sino el temor de que tanto bien no llegue á realizarse. Pero, me atrevo á decirlo: si no fuese cierto el fin que yo asigno á la revolución de Febrero, no sería nuestra filantropía la única en padecer, sino que padecería también nuestra razón, porque tendríamos que creer en tal caso que la civilización ha mentido, que han mentido la Religión y la Filosofía y que la Humanidad se halla metida en un laberinto sin salida; tendríamos que decir en tal caso que la razón se le ha concedido al hombre para que extravíe su juicio, y que el progreso en la Humanidad es una aberración de la Providencia.

„Mas no será así, os lo juro (aquí aparece la frase que ha puesto en pánico y alarma al *Heraldo*); *si posible fuera que flaquease en sus resoluciones el secreto poder que gobierna al mundo, no faltaría una cabeza bastante fuerte para subyugar al destino; si posible fuera que Dios vacilase, un hombre lo reemplazaría.*"

¿Qué hay en esas frases que no puedan escuchar sin escándalo aun los hombres más apegados á la Inquisición?

¿Por ventura quieren ellas decir otra cosa sino que es imposible que falten las leyes providenciales en el Universo, que es imposible que Dios deje el mundo abandonado al Acaso, al Destino, á la Fatalidad, ó llámese como se quiera, á eso que los antiguos llamaban *Factum*, *Ananké*, y que aun en la suposición absurda de que tal cosa fuera posible, encontraría la razón humana bastante fuerza en sí misma para sobreponerse á los caprichos de la casualidad *(pour plier la destinée)* y reemplazar á la razón divina en el gobierno del mundo?

Frases semejantes ó análogas á éstas hemos usado muchas veces, y acaso nos sería fácil encontrarlas en el mismo *Heraldo*, si el asunto valiera la pena de perder el tiempo buscándolas.

Por otra parte, ¿qué tiene que hacer todo esto de Proudhon con la tendencia nuestra de asimilarnos el espíritu revolucionario francés como el más consono, el más avanzado en civilización para que nuestro viejo y estacionario espíritu es-

pañol avance á su vez y alcance el poderío y el respeto á que es merecedor por su título de creador de nacionalidades y por sus vinculaciones históricas con la gloria de la humanidad?

No somos apologistas de Proudhon, lo repetimos; predicamos la propaganda de *Le Peuple* en España, como pudiéramos aconsejar cualquiera otra propaganda salvadora que impulsara de un modo decisivo la civilización española.

IX

Letras de Ultramar.—El Liceo Habanero.—Un historiador y polígrafo portorriqueño.

Para llenar de algún modo el vacío que se nota en todas las manifestaciones de cultura intelectual española, respecto á las provincias de Ultramar, hemos procurado reunir el mayor número de noticias varias posibles sobre aquellos países, de las cuales damos dos de gran interés, y que, aunque breves, dan una idea exacta del adelanto en ellos.

Vergonzoso es, sin duda, que sean tan escasas las nociones de Geografía, que muchas veces oigamos confundir á personas de erudición en letras, ciencias y artes el Africa con la América y ésta con el Asia: ministro ha habido en la Gobernación de Ultramar que suponía á la Isla de Cuba pegada al Perú y á las Filipinas en el hemisferio de Colón.

Si tan lamentable ignorancia reina respecto á la posición en el globo de aquellos países en que se habla español, poblados por españoles y unidos todavía á España con los lazos de la dependencia política, ¿qué no será respecto de su población, industria y agricultura? ¿y cómo no subirá de punto cuando se trate de su estado social y político, de sus costumbres y de su cultura? ¿Quién sabe, por ejemplo, en España, si exceptuamos á dos ó tres literatos que tengan relaciones en la Isla de Cuba, que en la Habana se discutieron desde 1829 las doctrinas literarias del romanticismo y del clasicismo con todo conocimiento de causa; que en 1832 se publicaba una revista trimestral que se elevó á tal altura en su crítica, que el Sr. Quintana no titubeó de calificarla del periódico más bien escrito que se habia publicado en español; que en 1838 se agitó con el calor de los tiempos de Abelardo en los periódicos diarios de aquella misma capital las cuestiones más abstrusas y delicadas de la filosofía moderna, luciendo los contendientes el saber más profundo en tales materias?

¿Acaso el gran poeta cubano Heredia no fué imitado por nuestro gran Espronceda?

¿Y quién conoce á Heredia en Madrid, fuera

de muy pocas personas aficionadas á la poesía? Pues Heredia ha tenido sucesores, dignos hermanos de la señora Avellaneda, que no quedarían desairados colocándolos al par de nuestros más grandes poetas contemporáneos de la Península.

Para que se tenga una idea de la cultura habanera, vamos á copiar un breve fragmento de un discurso pronunciado en el Liceo de aquella ciudad por D. Francisco Muñoz del Monte, el 10 de Octubre (1).

En esta magnífica pieza oratoria se demuestra un espíritu de reacción en favor de la disciplina del arte (sin confundirla con la anarquía literaria), que empezaron hace poco en Francia Sainte-Beuve y Nissard contra los extravíos literarios de nuestra época:

. . . . . .

"En los siglos pasados existía, señores, un verdadero patronato del poder en favor del arte, una verdadera alianza entre la autoridad y las letras.

„Los siglos XVI y XVII exhibieron el modelo espléndido del ideal de ese patronato y esa alianza.

---

(1) 1848.

„El gran rey Luis XIV se honraba con la amistad de Racine; el sucesor de San Pedro coronaba al divino Tasso en el capitolio mismo que había presenciado la apoteosis de los Césares romanos; Felipe IV diseñaba con su regia mano sobre el pecho del retrato de Velázquez la insigne cruz de Santiago, otorgada por ese propio acto al divino ejecutor de la *Rendición de Breda* y otros lienzos que son el pasmo de las generaciones.

„Pero la filosofía restaurada en el siglo XVIII emancipando la razón humana dividió aquellos dos poderes morales, que siguieron desde entonces un rumbo separado.

„Sin embargo, el arte no quedó completamente huérfano de dirección y de garantía: si le faltó el influjo que descendía de las altas regiones del poder, le quedó en cambio el que ejercían unos sobre otros los profesores; le quedó la amistad, que distribuía sus imparciales consejos, que preservaba de sus extravíos á la imaginación, que la detenía en el declive fatal de lo exagerado y lo absurdo; le quedó, en fin, la crítica, la seria crítica, la crítica sentada en su pretorio, á veces sobrado severa, á veces apasionada y amarga, pero siempre noble en el fondo, siempre vigilante en su puesto, como centinela avanzado del buen gusto.

„Empero estas influencias intermedias se han retirado también: no hay ya en tal tiempo solidaridad en las letras; si los talentos sientan sus fuerzas en común, es para hacer más extensa la especulación, más segura la ganancia.

„La asociación de las inteligencias es una cuestión de salario: la crítica, abdicando su misión, se ha puesto al servicio de la industria, ha vestido la librea de las malas pasiones y de los intereses egoístas; el arte es una feria. La imaginación se ha vendido como una mercancía; sobre su túnica inmaculada hasta entonces se han echado suertes, y el industrialismo y el orgullo han especulado con sus despojos.

„Faltando la triple influencia de la alianza con el poder, de la amistad literaria y de la crítica imparcial, un agio vergonzoso ha sustituído á esa fecunda y vivificadora trinidad.

„¿Qué es hoy—salvando marcadas excepciones—un escritor público? ¿Es el artista entusiasta, es el autor concienzudo, que ama su obra por la obra misma, por el amor desinteresado de la gloria, por su transcendental influjo sobre la Humanidad? ¿No es más bien, por la inversa, un

mercader del pensamiento, un codicioso empresario, que en la exhibición de sus piezas se preocupa por la ganancia antes que todas las cosas?

„No le preguntéis cuál es su vocación; no os canséis inquiriendo de dónde recibe la inspiración, de dónde le viene el soplo divino; el Dios es el dinero; todos los géneros son buenos, cuando se divisa á su extremo un pilar de doblones... ¡Vocación! ¡inspiración! ¡soplo divino!

„¡Antiguallas de los tiempos! Candideces de nuestros abuelos; el literato adolescente que comienza apenas á emborronar papel, y el literato adulto ejercitado en las luchas intelectuales, la generación joven y la provecta se atropellan sobre el abismo del industrialismo.

„¿Será que el fuego creador se ha apagado?

„Será que el humo de la gloria se ha solidificado en una masa de oro?

„¿Será que el refinamiento del epicureismo y la necesidad exagerada del lujo ha matado la genuina y sincera pasión artística?

„La dorada carroza del Duque Imbécil salpicaba los vestidos del divino Cervantes, que caminaba á pie por las calles de Madrid, y no lo advertía el inmortal manco de Lepanto, porque vivía con su obra, porque iba pensando en la

posteridad, que sin duda vale más que una carroza dorada."

¿No dice con toda su alta rotundidad, con el más elevado decoro, ese fragmento, que donde se pronuncian discursos así, hay cerebros que piensan, arte que progresa y se encumbra, labor de abejas de oro?

¿Merecerá de la metrópoli el total desdén en que se le tiene ese gentil movimiento artístico?

¿Que por otra parte es gloria y es luz española que va alumbrando siempre al través de las edades por lejanos países?

¿No es esa el alma de Cervantes que viaja sobre los infinitos mares y se posa como una águila blanca en las elevadas cúspides del trópico?

X

Vida y hazañas de los españoles que más se han distinguido en el servicio de la Corona en América, por D. Angel Duarte y Rivas.

El Sr. D. Angel Duarte y Rivas, que reside actualmente en Jamaica, pero oriundo de la isla de Puerto Rico, y por lo tanto español, acaba de publicar una magnífica serie de opúsculos ó monografías sobre varios representantes del espíritu español en las modernas nacionalidades de origen hispano que se han formado y obtenido vida independiente.

El trabajo del Sr. Duarte es uno de los más hermosos que hemos visto en la materia, no sólo por la escrupulosa dicción castellana de que hace alarde en vibrante y amplia prosa, sino por la suma enorme que revela de conocimientos de todo jaez, conocimientos que trae en apoyo ó

en contra de sus ideas y propósitos, según conviene al plan que se ha trazado en su trabajo.

Si no fuese por el poco espacio de que disponemos, según ha de ser muy medido el número de páginas de este libro, consagraríamos á la obra del Sr. Duarte un más extenso estudio, mostrando fragmentos de los muchos que contiene, realmente preciosos.

De suerte, pues, que con no poca pena nos limitaremos á hacer de ella un somero examen para dar idea á nuestros lectores del trabajo que nos ocupa.

Se titula, como lo consignamos al principio de esta nota: *Vida y hazañas de los españoles que más se han distinguido al servicio de la Corona en estos últimos años.*

El primer capítulo contiene la biografía de Juan Santos de Agreda, explorador que fué del Amazonas en 1819, y en lo más ardido de la revolución emancipadora.

Y es este capítulo acaso el más bello de la obra por la fuerza, pompa y verdad con que narra todas las peripecias del biografiado, desde su nacimiento en Calahorra, hasta su muerte el año 34 en Puerto Rico, donde se hallaba á la sazón de alguacil mayor.

He aquí cómo describe al personaje:

"En esta época de su vida, seguramente por las grandísimas agitaciones y las demasiadas angustias que le tuvieron abrumado, se tornó distinto: aquellas espesas cejas que se le tendían sombrosamente sobre la sombra no menos lóbrega de sus ojos, se hicieron un tanto grises, por las precoces canas que comenzaban á salirle matizándole también la cabellera. Comenzó también á gibarse; y era mengua, dada la arrogancia de su busto."

En el capítulo XVI pone una sentida nota de amor. Y cuenta el idilio de una india guaraní, llamada Corina, con el capitán español Luis Gonzálvez.

A propósito de esto vemos un lunar que, aunque insignificante, no deja de afectar y afear la obra del Sr. Duarte. ¿Por qué no decirlo cuando podemos consignar esta observación con la misma sinceridad y buena fe con que hemos consignado el entusiasmo que nos ha movido al leer las muchas bellezas que contiene?

Y ese detalle es que el idilio entre la india y el capitán español es sumamente parecido, hasta en las más insignificantes circunstancias, al descrito por el padre Isla en su obra sobre la Nueva

España, y que tuvo efecto entre don Fernando Cortés y doña Marina.

¿Que el Sr. Duarte ha imitado de modo sospechoso al padre Isla? Eso no lo hemos pensado ni lo pensaremos jamás. Eso no cabe en la honradez de nuestra sincera observación, en nuestro estudio de las Letras y de la Historia. Mas abrigando la vanidad de que conocemos un poco el arte que profesamos; y que por tal motivo sabemos que el caso de esas coincidencias es muy frecuente.

Nada tiene de extraño que el Sr. Duarte haya coincidido en el procedimiento del capítulo á que nos referimos al puesto en actividad por el padre Isla al referir los amores de Cortés y doña Marina.

Y justo es consignarlo: en un pasaje de este capítulo el estilo y la vivacidad original del señor Duarte sobrepasa con mucho al padre Isla: éste, como se ha repetido tantas veces, era artificioso, conceptista y desmedido. En tanto que en el señor Duarte hay discreción, serenidad y gracia noble y expansiva.

De suerte, pues, que no está de más su advertencia al distinguido escritor portorriqueño de que en asuntos históricos aconseja la prudencia

procurar observar, leer todo, bueno y malo, del asunto que se va á tratar, para que salga la pluma bien asesorada y para que pueda rehuir con éxito los defectos que hemos apuntado.

Otro capítulo notable también de su obra es el XVIII, consagrado á Lope de Aguirre (a) *El Tirano*.

En este pasaje anduvo el Sr. Duarte con una sagacidad y una mesura realmente admirables: ni se excede en condenar las demasías de Aguirre, ni en dar aparatosa pompa á sus batallas y demás hechos de campo y andarga.

La obra toda consta de XXXVIII capítulos, por lo que comprenderán nuestros lectores que se trata de un considerable esfuerzo de saber y paciencia.

Otro lunar que encontramos en la obra, pero cuya indicación es puramente personal nuestra y en ningún caso radical, puesto que hay una infinidad de escritores (y muy recomendables y famosos por cierto) que son aficionados á eso que nosotros llamamos garrafal defecto; otro lunar, repetimos, que á nuestro entender resta prestigios á la obra del Sr. Duarte, es la profusión de citas latinas, inglesas, griegas; parece que el autor se hubiese impuesto el firme propósito de

hacer gala y alarde de una vastísima ciencia histórica, de conocimientos inmensos en la filología; cosas que no ponemos en duda y que antes bien confirmamos, felicitándole muy de veras por ello; pero que cargan demasiadamente la imaginación del lector y hasta pertúrbanla á veces con citas latinas en lugares donde no son absolutamente indispensables.

Por lo demás, ya sabe el Sr. Duarte que hemos leído su hermoso trabajo con deleite y detenimiento, encontrando en él felicísimas condiciones de amenidad en la narración, y una firmeza muy noble en sus afirmaciones, en lo cual se revela la sana conciencia y la pureza de convicciones.

XI

Discurso de Thiers en la Asamblea constituyente el 30 de Marzo de 1849; traducción y comentarios de D. Eugenio Hartzenbusch.

La casa de Jubera acaba de publicar una magnífica traducción del discurso de M. Thiers en la Asamblea constituyente de 30 de Marzo del corriente año, cuya traducción es de nuestro sabio y admirado D. Juan Eugenio Hartzenbusch, quien no limitándose á traducir meramente, dedica notas al texto, y éstas, á la vez, son comentarios luminosísimos y conceptos de una muy elocuente actualidad.

La lectura, tanto de la traducción castellana como del original francés, han venido á robustecer nuestras opiniones en tal sentido.

Thiers, y con este gran estadista é historiador francés, nosotros, y con nosotros los he-

chos palpables del desarrollo internacional, constituyen la alerta que tantas veces hemos hecho en la tribuna académica, en el periodismo, en el libro, en pláticas particulares, y, en fin, en cuantos sitios hemos tenido ocasión de exteriorizar de buena fe los sentimientos más caros de nuestro corazón.

Este capítulo de LETRAS ESPAÑOLAS no es propiamente una nota crítica sobre una publicación, ni el examen á que la censura imparcial somete un libro de autores más ó menos famosos: este capítulo es un llamamiento. Es un llamamiento al patriotismo; una insinuación al criterio severo de los gobernantes; una invitación á observar con gravedad, con detenimiento, un asunto que tiene ligazones muy estrechas con el porvenir de España.

No son éstos temores pueriles, manía ó aberración de cubrirlo todo con los sombríos velos de la filosofía pesimista.

La puerilidad que se nos pudiese irrogar podríamos neutralizarla con esta exclamación, casi profética, de Napoleón:

"Dentro de cincuenta años la Europa será republicana ó cosaca."

¿Puede darse nada más concreto?

Sí que puede darse: el folleto del discurso de M. Thiers y las notas de nuestro ilustre D. Juan Eugenio no dejan lugar á dudas ni á tergiversaciones fraudulentas: es la ética que habla, es la lógica que se agita, resplandeciente, desnuda.

Una vez más se fortalece nuestra opinión con el concepto de que todas las ideas fecundas, de que todos los pincipios avanzados han de entrar en España por los Pirineos. Tomar esta corriente de ideas en otra forma y darles una interpretación aviesa es delito de falta de sinceridad, con la negación de lo que es un hecho real, auténtico, que se muestra con toda su magnífica desnudez.

Vamos á copiar un pasaje brevísimo de M. Thiers, que acaso sea el único que copiemos del texto aludido, en virtud de que él solo nos da clave para escribir muchas páginas:

"Todas las naciones (1) tienen hoy motivo de disgusto, excepto una sola, y ésta se aprovecha de la desorganización general: hablo de Rusia."

Estas palabras bastarían por sí solas para justificar lo que vamos á escribir acerca de este punto.

(1) Y principalmente España.

Pero queremos insistir en lo que ya otras veces hemos escrito con respecto á Rusia, su preponderancia creciente, sus probables usurpaciones en lo futuro, con mengua de la civilización y menoscabo de la libertad é independencia de los pueblos meridionales de Europa.

Dos grandes naciones se disputan hoy el imperio del mundo, no limitando su acción á nuestro continente, sino extendiéndola á manera de inflexible red por todo el globo.

Una de ellas es Inglaterra, dueña del mundo material, cuya pujanza, sometida al impulso de la industria, traspasa los límites convencionales y se sirve del Océano, no ya como frontera, sino cual camino móvil que conduce á todos los ámbitos de la tierra conocida; ora las armas, ora sus riquezas, y le facilita asentar con las primeras su dominación, y si más no puede, ingerir con las segundas su influencia. Pueblo de suyo infatigable y á más condenado por su situación geográfica, por su estado social, por la naturaleza de sus industrias y por índole propia al movimiento continuo, su destino es extenderse, su oficio es invadir, su vida es usurpar. Y extendiéndose, invadiendo, usurpando, hace cuatro y más siglos, está aquí por medio de guerras, allí por medio de tratados: á las veces empleando como instrumento á los reyes; á las veces sirviéndose como mecánico utensilio de los pueblos: nación idólatra de la propia libertad, sacrificando la ajena cuando así conviene á su propósito; nación por extremo monárquica, abandonando á los monarcas al furor de sus súbditos rebelados, cuando la rebelión se aviene con sus miras.

Y ¡cosa rara! por cuanto su territorio natural aparece uno mismo y sus conquistas se realizan en apartados continentes, fuera, por decirlo así, del alcance de la vista y del brazo de las naciones europeas, ese pueblo, cuya circunstancia peculiar es existir por todos, contra todos, en todos, apartado de todos, hace con frecuencia el papel de mediador desinteresado en las contiendas de sus vecinos y recibe de éstos autorización y medios para reducirlos á conservar sus límites propios, al paso que él extiende silenciosamente los suyos á favor de ese *statu quo* leonino que le reserva el privilegio de las usurpaciones y conquistas.

Pueblo proteico, tan pronto se torna en leopardo de feroces mandíbulas como se metamorfosea en armiño...

RUSIA

No así Rusia: excéntrica como su rival, carece, sin embargo, de iguales medios y pretextos para ocultar sus adquisiciones. Aparecen éstas siempre y tales son como otras tantas amenazas al sistema europeo.

No se funda su actividad sobre una base comercial; pero por lo mismo debe á la antigüedad de sus dominios una fuerza que no está sujeta á interrupción ni intermitencias, que se gana y se perpetúa lentamente por la sola afinidad de los intereses y por la acción directa é inmediata del Gobierno, que participa de la fortaleza y del vigor siempre lozano del elemento agrario y territorial en que estriba, y, últimamente, que le permite obrar sobre los demás pueblos con una masa colonial inmensa que asocia al impulso formidable de su vasto imperio europeo el impulso del Asia y el de una región tan dilatada como desconocida: América.

A Inglaterra, pues, el beneficio de lo presente.

A Rusia, la preparación de lo futuro.

Los demás pueblos de Europa, más ó menos ricos, no hacen más que agitarse, sin progreso territorial posible, entre las demarcaciones de lo pasado, convertido en círculo de hierro por los dos pueblos reyes de la tierra.

Y de aquí cómo se explica á cada paso dado por éstos en la vía de su hasta ahora no interrumpida expansión corresponda forzosamente un trastorno en el sistema de equilibrio que constituye la civilización.

He aquí por qué su marcha, siquiera lenta y paulatina, lleva cierto misterioso terror, présago de un terrible y universal conflicto (1), al ánimo apocado de la familia humana.

Y he aquí por qué es también de un interés vital el estudio de los fenómenos que produce en nuestro tiempo la acción de estos grandes cuerpos: amigos equivocados hoy, y enemigos declarados y por necesidad mañana, su lucha por el dominio de las naciones hará estremecer á todos los ámbitos del globo y constituirá el único argumento de la Historia.

Y cuenta que esos temores y aprensiones no

(1) Este libro fué publicado en Madrid el año de 1849. ¿Presentiría ya para entonces el talento de Baralt la gran hecatombe que estalló en Europa en 1914?

son de hoy ni de ayer; su fecha es antigua con respecto de Inglaterra; poco menos respecto de Rusia, pues empezaron desde el primer día en que, después de la absorción de los mogoles, reapareció esta potencia en la escena política, personificada por Pedro el Grande; todo el siglo XVIII fué consagrado á su engrandecimiento, y nadie ignora las salaces adulaciones de Voltaire á Catalina, ni los clamores que excitaron los proyectos de ésta con el vacilante imperio de Turquía, valiéndose de un momento único.

En efecto, Turquía comenzaba á mostrar al mundo sus tremendas lacerias.

Hay mucha barbarie en la historia de ese pueblo, y sus lacerias son como esos desgarrones que muestra la bestia salvaje que ha sido perseguida por enfurecida jauría á través de malezas intrincadas, de peñascales y desfiladeros.

Su permanencia en Europa es como un soldado sármata que estuviese reunido con un grupo de sacerdotes druidas.

Es ella la que mantiene en Europa la zozobra de lo agorero. Respira un fatalismo abrumador, y su fatalidad acrecienta las avaricias del despotismo ruso.

Turquía no lo ignora; pero finge ignorarlo, y

parece que duerme con la cimitarra oculta entre los pliegues del albornoz, como extasiada bajo el encanto del Bósforo...

Oponiendo el silencio y la acción oculta á las injurias de que vienen siendo objeto hace tiempo, los Zares han seguido su marcha con firme paso y voluntad inflexible; y, hábiles en sacar provecho de las desgracias y de los desaciertos de los demás pueblos, perfeccionan cada día más el sistema de invasiones que forma la base de su política y el objeto constante del terror de las gentes.

Sólo ella ha extendido y conservado sus adquisiciones, al paso que los demás Estados perdían las suyas. La antigua monarquía ha visto, sin poder remediarlo, la caída militar de Suecia, y con ella la pérdida de los antemurales que había levantado contra el Norte. La dominación de los Kanes de Crimea ha desaparecido sin producir en Europa una queja; y, sin embargo, al remover ese obstáculo, Rusia se abrirá al mismo tiempo una puerta en Asia y otra en el Imperio Otomano. ¿Quién ignora sus primeros ensayos contra Polonia, ni sus primeros pasos para preparar la conquista de Turquía?

Lejos de interrumpir ese trabajo de dislocación, la Revolución francesa lo acelera.

Polonia sucumbe á despecho del valor sublime de Kosiusko; en cambio de un simple y vano reconocimiento de su dinastía en España deja Napoleón que Alejandro se apodere impunemente de Finlandia, con cuya usurpación queda sin movimiento é inerme la península escandinava.

¡Otro valladar á la libertad europea!

A la caída del imperio francés los monarcas vencedores de la revolución, reunidos en Viena, abandonan á Rusia los últimos restos de Polonia, última barrera salvadora.

Si la Revolución del año 30 suspende por un momento esta incesante absorción, no por eso mejora la situación de Europa, antes al contrario, hace más íntima y más violenta la fusión de los territorios adquiridos sin enflaquecer el sistema, cuyo completo desarrollo comenzamos á ver con la ocupación de la Moldo-Valaquia, y acabaremos de ver con la conquista de Constantinopla, y con la asimilación de la raza eslavo-latina á la raza eslavo-griega.

Esta es Rusia.

El primero y más fuerte entre todos los poderes continentales y una de las más pujantes potencias marítimas.

Dueña de naciones, señora absoluta de continentes y mares, capaz de obrar á mansalva sobre Europa, Asia y América, simultáneamente, sin ofrecerles punto alguno vulnerable á su propio territorio.

Nación civilizada en parte; en parte salvaje; defendida por un ejército de un millón de soldados y, más y mejor que por su ejército, por su clima, por su suelo y por la energía no degenerada de sus habitantes.

Esta es Rusia; representante de un absolutismo feroz y adversaria de la libertad política de todos los pueblos.

Esta es Rusia. La Rusia cismática, agreste, invasora, que se proponen por modelo no pocos gobiernos de Europa, á quienes el amor de los goces personales presentes hace despreciar el peligro que corren en el futuro los intereses patrios.

XII

Carta célebre y otros documentos, de D. Agustín Príncipe.
Literatura política, por D. Alfredo Loinaz.

Asunto de palpitante interés, no sólo para la política militante, sino que también para las letras contemporáneas, son la publicación de las cartas de D. Agustín Príncipe y el libro *Literatura política*, por D. Alfredo Loinaz.

Queremos tratar estos asuntos por separado.

Por dos motivos á cual más profundamente interesante: uno, que la política de D. Agustín es más literatura que política, y otro, que la literatura de D. Alfredo Loinaz es más política que literatura. En este juego de palabras hay, no obstante su notoria superficialidad, una cosa pesada y que invita á las más graves reflexiones.

¿Cuál es más sincero de los dos? ¿D. Agustín

blasonando de literato ó D. Alfredo mezclando deplorablemente ambas cosas?

Es un caso curiosísimo este que presentan los dos prohombres contemporáneos: el uno deserta del credo artístico, y el otro del credo político.

En efecto: las cartas de D. Agustín estan llenas de períodos majestuosos y candentes, donde se trata de dar explicación á una inexplicable claudicación.

Un hombre que abandona el puesto que un día le señaló su conciencia, para irse á militar á otras filas, jamás logrará convencer á nadie de la santidad de su impulso.

Dignas en nuestro sentir estas cuestiones de un examen más profundo y detenido que el que se le ha consagrado con pueril algazara de la prensa de todos los bandos militantes, queremos nosotros decir que las cartas del Sr. Príncipe nada prueban, ó, si algo prueban, es, en primer término, la anarquía y la descomposición de un partido, con notorio agravio de la pureza y la majestad del idioma castellano.

Explicar los motivos de una deserción en buen lenguaje, sin atentados contra el sentido común ni contra la sintaxis, es lectura poco grata para los entendimientos escogidos: ¡cuál no será la impresión de una explicación en términos chabacanos en que se quebrantan hasta los más rudimentarios preceptos del lenguaje!

El Sr. Príncipe en sus famosos *documentos* se muestra conservador de las ideas reaccionarias, y es lástima que quien así profesa se muestre tan poco inclinado á la *conservación* del buen lenguaje.

Mas ¿á qué conduciría citar nombres ilustres en las letras que abandonaron los pendones moderados y se acogieron á la sombra del partido más popular de España?

Los Escosuras, Salamancas, Galianos, ó se colocaron á la sombra de esa bandera, ó, como otros muchos, forman hoy un cisma que amenaza destruir por sus cimientos la iglesia militante.

Pero éstos son casos conmovedores, en tanto que las cartas de D. Agustín no conmueven á nadie.

Muy desgraciada es la época en que la virtud, la noble constancia en las adversidades, la fijeza en los principios, el entusiasmo y los impulsos generosos del corazón se llaman *ilusiones* de la inexperiencia. ¡Malhadado el tiempo en que á nadie se pregunta el origen ni la razón de sus creencias, ó en que toda arma y todo medio son

legítimos; en que las pasiones políticas dan la bienvenida á toda pasión que se une á ellas para la guerra y el exterminio!

¿Qué decir de la *Literatura política*, de D. Alfredo Loinaz?

Que D. Alfredo quiere ser antropomorfo. Que esa suerte de arte viene á poner más de relieve el espantoso estado de enervamiento moral de España.

¿De modo que, según D. Alfredo, la literatura española sólo ha progresado de una manera ostensible únicamente en las épocas en que ha ido estrechamente ligada á la política?

No lo sabíamos. Es un descubrimiento de don Alfredo, y por ello le felicitamos.

¡Pero D. Alfredo asienta esta estupenda verdad, y sólo trae *un caso* para comprobarla!

Para la magnitud del aserto nos parece muy poco un solo testimonio.

¡En simples contrincancias, en simples tribunales de barriada, el juez, el humilde juez, pide dos, tres y hasta cuatro testigos; y no pronuncia fallo inapelable!

Y á D. Alfredo, juzgando toda una eternidad englobando muchas épocas, le basta una prueba.

Una prueba: ¡la del Sr. Martínez de la Rosa!

¡De nuevo, pues, presentamos al Sr. Loinaz nuestras exaltadas felicitaciones!

XIII

Un enemigo oculto, comedia de D. Manuel Bretón de los Herreros.

Si Molière se hubiera propuesto en sus comedias trazar el personaje de Bretón de los Herreros en *Un enemigo oculto*, es indudable que hubiese hecho un tipo como el del *Misántropo*.

La misma idea ampliándola un poco hubiese dado asunto para una gran tragedia; pero Bretón de los Herreros, descartando cuantos son motivos emocionantes, ha escrito como él escribe. Y ha producido una caricatura. Así, pues, resulta en esta comedia que todo es desdibujado, anómalo, lleno de superabundancias, de escenas violentas.

Fijémonos en un detalle de ejecución: *Higinia* es una viuda literata, que se ve cortejada por *don*

Andrés; duda la viuda de la sinceridad del galán. Y éste insiste:

ANDRÉS. ¿Chanza? Ni Pablo y Virginia,
ni á Daría quiso tanto
aquel bendito Crisanto
como yo te quiero, Higinia.
HIGINIA. Sea muy enhorabuena;
también mi fe te idolatra,
más que á Antonio, Cleopatra,
y más que á Paris, Elena.

La muestra podría decir de toda la obra, pero no queremos pasar al final sin previo examen.

El asunto es el siguiente:

Este *D. Andrés* que enamora á *Higinia* vive con una sobrina, de quien es tutor y amante. Un D. Luis que sabe esos amoríos de D. Andrés con Higinia pone en autos á la sobrina y á la vez la pide relaciones. La muchacha cede: Higinia, que amaba á D. Andrés más por sus apariencias de hombre rico, al descubrir que el tal D. Andrés no posee sino lo que administra de la pupila, le da con el repelo en las narices.

D. Andrés, pues, por asar dos liebres queda hundido y desesperado, y D. Luis, que para el caso viene á ser el *enemigo oculto*, se casa con la sobrina.

En el transcurso de la comedia intervienen un

mirlo que se pierde, una rosa, una caja de tabaco y un refajo de billetes de banco.

¿Hay algo que valga la pena en todo ese trabajo para que D. Manuel Bretón de los Herreros se haya tomado la pena de representarlo?

Y todos estos casos acontecen por lo del refrán: fortuna te dé Dios, hijo.

Es el teatro español uno de los recuerdos más dolorosos de la profunda crisis histórica.

Es innegable que los dramáticos españoles del siglo XVI, por transcendencia, por ejecución de los más preciosos sistemas, nada tuvieron que envidiar á Esquilo ni á Shakespeare.

Es el teatro español del siglo de oro el monumento más grande que ha levantado el ingenio humano á los anales filosóficos de la posteridad

Y considerando la escena española actual, no se puede reprimir una emoción honda, que trae á los labios el terceto del Dante, de que no hay tortura más abrumadora que aquella de contemplar en el presente adverso el pasado glorioso.

Y acentuó más esto la esperanza que llevábamos al dirigirnos al teatro, de ver y oir algo de Bretón de los Herreros que hemos conocido en circunstancias tales que hacían esperar algo mejor de su ingenio.

XIV

Dos palabras sobre el *Bernardo*.

Parece que hay en las naciones épocas desdichadas en que la fe se amortigua en los corazones, el entendimiento desdeña los estudios graves, y el genio, ó no existe en unos, ó en otros, si existe, tiene osado el vuelo á regiones superiores de las que puede medir con sus alas y se ahoga en el éter.

De los autores desconfiamos porque si bien, sabiendo más que lo que al público debemos lo que nos debemos á nosotros mismos, no entraremos jamás ni en el vedado terreno de la personalidad, ni en la acritud de formas en la crítica.

Bien: nos referimos al drama de D. Francisco Pacheco, esto es, el *Bernardo*, que por el elevado puesto que su autor ha ocupado en política y en literatura, como D. Manuel Bretón de los He-

rreros, merece que le consagremos un ligero estudio.

Drama hemos llamado el *Bernardo* y drama insistiremos en llamarle, porque el nombre de tragedia es especial á las producciones de cierto género y tienen su forma y condiciones propias, forma y condiciones á que no se sujeta el *Bernardo*.

A nuestro entender, no hay más tragedias que las de los teatros griego y romano, y las que siguen á la forma el teatro de Corneille: las unidades en cuanto sean posibles, los personajes ilustres, el uso exclusivo del endecasílabo. Y si bien puede alegarse que Cervantes llamó tragedia á su *Numancia*, esto quiere decir que en su tiempo no se conocia como género el drama propiamente dicho.

La acción del *Bernardo* tiene todas las condiciones que pueden legitimarla en el teatro: el plan es generalmente bueno; el diálogo, digno; la versificación, armoniosa y fácil. ¿Cuál el motivo que ha tenido el espectador para no entusiasmarse?

¿Será porque no halaga torpes instintos?

Cierto que la multitud que se agolpa á la puerta de los teatros gusta de emociones fuertes; pero

esta observación no puede admitirse en el presente caso, pues más ó menos antiguo, no puede dejar nuestro espectador de conmoverse ante el cuadro, todo vívidos colores, del pasado glorioso, y este acento resuena con gran acorde en el *Bernardo*.

Vibra en él como un clarín de batalla el recuerdo de victorias de la patria y... no entusiasmó al auditorio.

Es todo cuanto tenemos que decir del *Bernardo*.

XV

Cenizas, colección de leyendas de los Sres. Rubí y Doncel.

Muy á pesar nuestro, hemos causado quemaduras trágicas en el curso de esta obra.

No hemos querido blasonar de sabios. Ni de pronunciar nosotros la última palabra en materia de arte, de ciencia, de ideas, ni siquiera de ardimiento patriótico.

Sólo hemos permanecido fieles á nuestra consigna de siempre: la sinceridad.

Ocasiones hemos tenido en que la palabra ha dolido en los puntos de la pluma; luego ha caído sobre el papel, no como la gota de tinta, sino como una lágrima; y hemos sentido entonces el fervoroso deseo de que se hubiera convertido en una gota de rocío.

"O somos sinceros, hemos pensado muchas veces, y en ese caso ocupan su puesto decorosa-

mente nuestras convicciones literarias, artísticas, científicas, religiosas ó políticas, ó no somos sinceros, y en ese caso defraudamos la buena fe de los que nos leen."

Y con ese pensar hemos recorrido la larga trayectoria.

Mas la conciencia reposa tranquila: jamás ha salido una opinión de nuestra pluma sin que antes haya sido sometida á reposada y severa reflexión.

Jamás hemos juzgado obra, actitud ajena, sin antes haberla estudiado profundamente.

Y viene el caso de la obra que acaban de publicar los Sres. Rubí y Doncel con el título tierno y sencillo de *Ceniza*.

Hemos venido leyendo esta obrita en las horas de sano y consolado reposo.

Y ella ha traído á nuestro espíritu el óleo santo de una abnegada resignación: es una colección de leyendas de amor, de guerra, de claustros y de cantares pastoriles.

Primorosamente editado, el tomo pequeñín armoniza notablemente con el texto, que es, como ya hemos dicho, todo bello y delicado, en prosa fácil y llena de imágenes.

Los Sres. Rubí y Doncel darán frutos muy preciados á las letras españolas: son dos talentos fáciles que al asociarse han tenido tanto acierto como en la elección de sus asuntos, ya dramáticos, ya de otro género.

En la obrita de que nos vamos ocupando sólo notamos una brevísima falta, y es la prodigalidad en el adjetivo y una especie de manía de *brillantismo*.

Ya habíamos hecho esta observación en algunas de sus obras, que, como *Ceniza*, son regalo de los ojos y óleo sublime para el espíritu.

APÉNDICE

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, CON MOTIVO DE LA ADMISIÓN DEL SEÑOR DON RAFAEL M. BARALT, COMO MIEMBRO DE ELLA

Mi veneración á la Academia Española data de los primeros años de mi existencia, y vive unida en mí á los recuerdos de aquella edad en que el ánimo y la inteligencia reciben á modo de tierra virgen la semilla de los efectos que difícilmente se borran, de las pasiones que tarde se apagan y de las ideas que jamás se olvidan. Al pisar el umbral de las escuelas, niño aún, aprendí los elementos que forman la base de toda educación literaria, en los libros con que promueve la común enseñanza esta docta corporación. Creció en mí con el tiempo, y consiguiente mejora en los estudios, el respeto debido á las fructuosas tareas de su instituto; joven, pensé muchas veces

con emulación generosa, aunque humilde, en la gloria de sus miembros, y ya en la edad madura, cuando con los tristes años adquirimos el aún más triste privilegio de ver y juzgar las cosas y los hombres á la sola luz de la razón, que les despoja de colores y prestigios engañosos; examinando lo que ha hecho, y comprendiendo lo que puede hacer, la reconocí por primer cuerpo literario de la nación, junta selecta de sus más claros ingenios, conservadora de la lengua, maestra de la juventud, seguro asilo reservado al ejercicio libre y plácido de la inteligencia en medio de la agitación intrincada y tumultuosa de la sociedad de nuestros tiempos.

Considerad, pues, señores, cuántos y cuán variados deben ser los afectos que me agitan al verme pública y solemnemente recibido en cuerpo tan ilustre como de mí reverenciado: yo, que me humillaba ante su nombre sin haber concebido nunca la atrevida esperanza de pertenecerle; yo, que con nada puedo justificar, ni aun á mis propios ojos, tamaña honra, si ya no fuese con el ardentísimo amor que he profesado siempre á la lengua y letras patrias, pues no merece recordarse uno que otro obscuro y pobre fruto que he logrado de su cultivo en las treguas de reposo que

me dieron las vicisitudes de una vida condenada á todo género de azares y conflictos.

Como quiera, menester sería que, insensible á los estímulos de una nueva ambición, tuviese en poco el buen concepto de las gentes, y no sintiese ninguno de los encendidos anhelos que dan calor al alma y vida al espíritu, para que no experimentase un involuntario movimiento de gozo, y aun de orgullo, el hombre á quien favorecéis con distinción que la vida más gloriosamente empleada en el sublime culto de las musas aceptaría agradecida como último premio y corona de sus triunfos.

¿Por qué disimularlo? Siento ese gozo en lo íntimo del corazón, y él da de mi gratitud á la Academia más alto, más elocuente testimonio que pudieran ofrecerla nunca mis palabras.

Y cumplido ya, señores, el deber que me imponía el agradecimiento, es llegado el caso de satisfacer la deuda, no menos sagrada, que vuestra bondad me ha hecho contraer con mi predecesor, el marqués de Valdegamas.

Cuando semejante obligación no estuviese autorizada por justos respetos; todavía, con permiso de la Academia, me lo habría yo impuesto en la ocasión presente para rendir al que la muer-

te acaba de arrebataros á deshora, con duelo de propios y de extraños, el homenaje de respeto y honor que merece su memoria.

Mengua nuestra sería que la culta Francia, maestra excelente del buen gusto y juez idóneo de toda clase de merecimientos, hubiese esparcido lágrimas y palmas sobre la tumba de nuestro ilustre conciudadano, y que nosotros contempláse-mos esa tumba, herencia de la patria, con ojos distraídos y secos, sellado el labio y mudo el corazón.

Así, la piadosa costumbre de las corporaciones sabias, con la cual, al paso que honran á sus individuos finados, cumplen con lo que exige su propio decoro, y realzan la dignidad ilustre de las letras; la necesidad de una manifestación solemne de dolor que corresponda y sirva de eco al dolor del público; el patriotismo; la justicia; nuestros mismos recuerdos, que parecen evocan la sombra de nuestro célebre compatriota en este recinto donde algún día resonó entre aplausos su elocuente y poderosa voz; todo me obliga á hablar, siquiera sea de paso y con enojosa brevedad, de las altas prendas que hicieron de él uno de los más gallardos escritores de esta nuestra España, escasa ahora en ventura, pero

rica siempre en valor, y tan á la continua fecunda en grandes ingenios como en virtudes magnánimas y heroicas.

Arduo es el designio; acaso también extemporáneo, pues no para todos los hombres dignos de nota empieza la posteridad en el sepulcro. Los que han manejado altos negocios en el mundo ó escrito sobre doctrinas y sistemas opinables, han menester jueces remotos, que no contemporáneos, en atención á que sólo el tiempo suele dar á las censuras ó á los elogios la exactitud, templanza é imparcialidad que los abonan.

Mas ya que no me es dado excusar el empeño, abriré la senda que mejor que nosotros recorrerán los venideros; y lo haré desobligado de toda afición ajena del amor á la verdad, poniendo el hombre y sus obras al peso de mi libre conciencia, sin más temor que el que me inspira mi pequeñez, desigual por todo extremo á la grandeza del asunto.

No todas las lenguas permiten que el carácter individual de los que las aplican á la literatura se refleje en sus escritos; pero, á no dudarlo, es a nuestra (á lo menos entre las neo-latinas) la que por su riqueza, flexible contextura y maravillosa variedad de locuciones y giros, concede

más ensanche y libre movimiento al ingenio, prestándose, digámoslo así, como más tierna y suave, á recibir todas las formas que quiera imprimirla cada espíritu. Por lo cual, respecto á nuestros escritores, más quizá que respecto de los que de ninguna otra nación moderna, se puede en rigor decir: *el estilo es el hombre.*

No pretendo, señores, que las obras del marqués de Valdegamas estén exentas de faltas literarias, ni mucho menos que deban servir de acabado y preferente modelo de pureza y buen gusto á los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma; pero, en mi sentir, ninguno de nuestros prosistas, ya antiguo, ya moderno, logró nunca estampar más hondamente que él, en sus discursos y en sus escritos, el sello de aquella predisposición ó índole nativa que constituye la invención y la originalidad en la elocuencia.

De tal modo, que ya hablando, ya escribiendo, y ya se preparase con el estudio y la meditación, ya improvisase, siempre es el mismo; siempre es, y por extremo, diferente de los demás; siempre, en sus errores ó en sus aciertos, con sus lunares ó con sus bellezas, no sólo tiene fisonomía propia y peculiar, sino que esta fisonomía, merced al predominio de las mociones espontáneas del

ánimo, retrata al vivo la rica naturaleza de su corazón y de su alma.

Nunca se pintó nadie á sí mismo en producciones del ingenio literario con tanta verdad como él en las suyas. Hablaba como escribía: escribía como hablaba; y de forma hablaba y escribía que, sobre ser único y solo en el lenguaje y estilo, la reforma de éstos habría sido empresa superior á su propia voluntad y fuerzas, á lo menos en la época de los primeros arrebatos de su ardorosa fantasía.

Hay, pues, analogía, ó mejor diré, identidad del carácter de nuestro autor con su estilo; y como éste, cualesquiera que sean los asuntos, es invariable en la estructura y las formas, no vacilo en afirmar que el marqués de Valdegamas poseía la cualidad sobresaliente de los grandes ingenios, á saber: la unidad que ilumina y explica sus obras; que permite estudiarlas siempre á una misma luz y bajo un mismo aspecto; que pone de manifiesto la clave del hombre moral é intelectual; que descubre, en fin, el principio y móvil supremo de su espíritu.

Demás de que, sean cuales fueren las materias en que un grande y poderoso entendimiento se ejercite, siempre aparece dominado por cierta

facultad particular que viene á ser como un instinto que le mueve, y que ayuda á discernirle.

La política, en sus más altas relaciones con la historia, y la historia y la política explicadas por el dogma católico, fueron el asunto predilecto de los estudios y meditaciones del marqués de Valdegamas: el blanco á que, cuándo involuntariamente, cuándo de propósito, dirigía sin descanso ni vagar sus pensamientos, puesta la mira en penetrar el destino de las naciones; en descubrir el principio y fin del hombre y de la humanidad, y en demostrar la perfecta concordancia que ha tenido, tiene y tendrá la vida de la humanidad y del hombre con la ley revelada, que es regla y providencia de todo cuanto existe.

¡Arcanos insondables que ha puesto Dios entre lo conocido y lo ignorado, y entre lo finito y lo infinito, como otras tantas lindes eternamente inaccesibles á nuestra impotente curiosidad y vana ciencia!

Casi todos los escritos de nuestro malogrado académico, ó por lo menos los de más excelencia, confirman cuanto acabo de decir; y puesto que cualquiera de ellos podría servir al intento de analizar su estilo y la índole de su ingenio, todavía quiero para el caso elegir el que á todos

los resume y comprende: el *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, obra ésta de la edad madura del autor, así como la última, la más lata y más detenidamente elaborada de las suyas, y donde con más brío y lozanía se ostentan, se desenvuelven y batallan sus teorías, luce su talento, brilla su dicción y resalta el singular contraste de dulzura en el carácter y de dominación en el espíritu que distingue, entre las conocidas, su elocución fogosa y levantada.

En este libro, destinado á examinar las más abstrusas cuestiones religiosas, morales, sociales y políticas, que discute y da por resueltos los más hondos problemas humanos, y que quiere explicar dogmáticamente muchos misterios divinos; en este libro, por más de un concepto, singular y extraordinario, no aparece, sin embargo, asomo siquiera de duda, rastro alguno de vacilación ó de incertidumbre en la mente ni en la frase del escritor.

La creencia es firme, incontrastable el ánimo, absoluta la afirmación, imperioso el lenguaje. El hombre á quien muchos y fuertes vínculos de todo género ligaban á un partido político determinado, rompe con él, combate sus principios y le moteja de erróneo, infecundo y corruptor.

El amigo de la sabiduría, admirador y discípulo de los grandes pensadores que en todos tiempos han ensanchado el dominio de la inteligencia, después de haber aprendido *á tener en poco á todos los filósofos y á todas las filosofías*, avanza un paso más y niega rotundamente la verdad de sus sistemas.

El que, años antes, sentado en una cátedra famosa de esta Corte, se esforzaba en demostrar que la fuente de la soberanía y del derecho es la razón, no se contenta ahora con repeler la facultad de juzgar, sino que reputa perniciosa la facultad de discutir; la controversia, según podemos deducir de sus palabras, es una ilusión intelectual: una luz engañosa que ora quema, ora ofusca, pero jamás ilumina.

Si hemos de asentir á su fallo, la libertad es siempre cómplice de la herejía; y la independencia humana no más que el triste privilegio de dudar, negar y destruir, ocasionando natural y fatalmente el triunfo del error y del pecado en este mundo.

¿Qué más? La razón de por sí es incompetente para todo; para juzgar del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, para conocer su propio origen y naturaleza, para definir su marcha y

desenvolvimiento, su acción en la vida de la Humanidad, su ministerio en la Historia. La razón que á sí misma se busca para estudiarse y conocerse sólo puede llegar con sus vanos esfuerzos al escepticismo y á la nada.

El bien, finalmente, no es posible sino por medio de la acción sobrenatural de la Providencia; ni es dado concebir el progreso más que como resultado necesario de la sumisión pasiva y absoluta del elemento humano al elemento divino, y no de otra manera.

Aseveraciones son éstas ante las cuales hubiera retrocedido lleno de espanto un espíritu común; pero el de nuestro esforzado controversista las fué deduciendo una á una, con dialéctica inflexible y admirable impasibilidad, del principio en que estriba su sistema, principio que se reduce á hacer de la Teología el fundamento, la clave y punto de partida de todas las ideas generales relativas á la constitución de la sociedad y á las instituciones y gobierno de los pueblos.

Así, toda cuestión, ya social, ya política, lleva en sí, visible ó latente, una cuestión teológica, en tales términos, que no es posible establecer ningún sistema tocante á aquellos puntos sin referirle, bien implícita, bien explícitamente, á un sis-

tema, á una teoría, á una noción cualquiera de Dios en su esencia y atributos. De donde se deduce que la Teología es la ciencia de las ciencias: la que todo lo abarca y comprende; de suerte que cuanto se ha escrito hasta ahora con nombre, sin duda usurpado, de ciencia política y social, queda reducido á la humilde categoría de *combinaciones arbitrarias del entendimiento humano.*

Una doctrina que incluye la ciencia en el dogma, que todo lo somete y rinde sin condiciones al principio de autoridad religiosa y política, que aniquila la libertad y en que el hombre aparece absorbido por la inmensidad de Dios, ¿se diferencia en algo el quietismo del fatalismo?

La solución que da el *Ensayo* al problema del libre albedrío, problema que ha atormentado el entendimiento de los más insignes pensadores de todos los tiempos; problema que comprende en estrechísimo enlace los no menos importantes de la vida propia de la conciencia, de la moralidad de las acciones, de la responsabilidad del ser humano, de las penas y recompensas, del merecimiento y la expiación, de la justicia, del deber, del derecho; la solución, digo, que ha dado el *Ensayo* á este inmenso y temeroso problema, ¿por ventura es la misma que ya le dieron los padres de la Iglesia en la esfera de la verdad católica, la que le han dado los filósofos en el campo de la Metafísica, la que le da la Humanidad misma en el teatro de la Historia?

Ese libro, ¿no invalida cuanto en el transcurso de los siglos ha adelantado el espíritu humano en materia de ciencias morales y políticas? ¿No presupone el trastorno, imposible para Dios mismo, de la naturaleza, sucesión y ordenamiento de los hechos consumados? ¿No recusa todo progreso en el camino de la civilización, toda mejora en la condición del hombre, y también la eficacia intrínseca de las instituciones en el gobierno del individuo y de la sociedad? ¿No hace flaquear los fundamentos de la verdad y destruye los elementos de la certidumbre? ¿No conduce como por la mano á la duda universal? Sus inexorables y aterradoras afirmaciones, ¿no vienen, por desgracia, á dar el mismo resultado que la negación absoluta; negación de la actividad moral é intelectual del hombre; negación de la unidad orgánica de la familia humana; negación de la filosofía; negación, en fin, de la justicia, de la esperanza y de la Providencia?

Otros, lanzando un rayo de luz á estas tinieblas

para aclarar tamaño cúmulo de dudas, decidirán si las teorías del *Ensayo* concuerdan ó no con la análisis de las facultades del hombre, con la conciencia del género humano, con el espíritu del Evangelio, con los anales de la iglesia católica ortodoxa, y con los intereses de la religión; los cuales, en realidad, siempre han salido lastimados y maltrechos de todo profano consorcio con ideas de temporal exaltación y predominio.

Por fortuna, la ACADEMIA ni es asamblea política ni concilio, y no hay para qué me entrometa yo á discutir en su seno las encumbradas y misteriosas cuestiones que suscita el *Ensayo*. Mas, aunque para vosotros, señores, en cuanto corporación, no sea el mundo una liza, sino un espectáculo, todavía me habéis de permitir que emita mi opinión acerca de las novedades que aspira á introducir en él la doctrina del señor marqués de Valdegamas.

Y así diré que cuando este gran dialéctico llega, de deducción en deducción, al gobierno teocrático, ó sea el gobierno directo y personal de Dios ejercido por medio de sus ministros delegados, los sacerdotes y los reyes absolutos; y cuando, á mayor abundamiento, aconseja que se escojan para el régimen y dirección de las cosas

humanas de entre los sabios á los teólogos, y de entre los teólogos á los místicos y contemplativos, obedece á las inspiraciones de una escuela extranjera, y olvida ó desprecia la historia y las tradiciones nacionales y el temple del carácter español.

¿Por qué lo callaría yo aquí donde se pueden decir útiles verdades; aquí donde hay hombres capaces de escucharlas y apreciarlas todas? Ni la teocracia ni el absolutismo son plantas indígenas del suelo generoso de España. El gobierno de los godos, si no era completamente teocrático, daba una grande importancia á este elemento. Mezcla absurda de los principios más opuestos entre sí; alternativamente eclesiástico ó militar; siempre tiránico, murió dejando unido para siempre su recuerdo al de la dura cuanto merecida expiación de Guadalete.

Exótico como ese bastardo sistema, el absolutismo, de procedencia austriaca, nació, para daño y mengua nuestra, en el sangriento campo de Villalar.

Española, sí; de puro y limpio origen español, hija legítima y gloriosa del genio nacional, es la guerra épica de ocho siglos que remató en los muros de Granada. Española, sí, es la guerra,

toda ella heroica, á que dió memorable principio el Dos de Mayo.

Ni cabe imaginar un país más fecundo que el nuestro en alternadas y opuestas enseñanzas de libertad y despotismo. Dondequiera que la historia registra un hecho memorable, una gran reforma, una mejora útil, una institución generosa, vemos, ó la acción libre del pueblo, ó la mano paternal de un rey que sabe y quiere acomodarse al carácter de los súbditos.

Dondequiera que, por el contrario, hallamos una perturbación, una iniquidad, una tiranía, allí, indagando causas y rastreando orígenes, tenemos que reconocer la fuerza mayor de un monarca mal aconsejado que, con ofensa y desdoro del genio nacional, sugiere violentamente en el gobierno patrio instituciones extranjeras.

La defensa y conservación del patronato y demás regalías de la Corona ha sido uno de los principios fundamentales del derecho público de España, desde Fernando é Isabel hasta Carlos III; y fué constante anhelo de este buen príncipe hacerle triunfar de una vez para siempre en sus Estados.

Fieles á esta causa han sido nuestros más ilustres reyes, y cuantos varones han tenido entre

nosotros excelencia en letras divinas y humanas, en piedad, en patriotismo, en el ordenado y justo ministerio de la república, desde Jiménez de Cisneros hasta Campomanes, desde Melchor Cano hasta el venerable Palafox, desde Hurtado de Mendoza hasta Jovellanos: nuestros más insignes jurisconsultos, nuestros más profundos teólogos, nuestros más hábiles ministros.

¿Cómo podía ser de otra manera? El absolutismo y la teocracia ni son españoles ni cristianos; cuanto más que, si bien se mira, España no ha sido en lo antiguo otra cosa que un conjunto de reinos ó provincias libres formadas por la naturaleza, constituídas por las primeras razas pobladoras, caracterizadas por lenguas y costumbres varias, y sostenidas por leyes y fueros privativos: gobernáronla reyes, es verdad; pero eran administradas por comunidades, ayuntamientos y concejos: aunólas, es verdad, la religión; pero sólo cortas porciones del territorio nacional fueron políticamente regidas por la Iglesia.

Mas no importa: cualquiera que sea la parte de verdad, ya relativa, ya absoluta, ya racional, ya histórica, contenida en el sistema del señor marqués de Valdegamas; y sea cual fuere el juicio que se forme tocante á la posibilidad y conve-

niencia de aplicarle á la gobernación de principios y pueblos, siempre, y por muchos conceptos, será para nosotros el *Ensayo* un libro de gran autoridad é importancia.

Como libro de controversia, nos lleva á los últimos términos de una doctrina que, más ó menos atemperada por la inconsciencia, ó dulcificada por cobardes concesiones, han sostenido, en el vecino reino, con no común aprobación y mucho estrépito, algunos hombres entendidos: con lo cual advierte, aun á los menos avisados, del espíritu y tendencia de su escuela.

En el flujo y reflujo incesantes de ideas que trabaja á nuestro siglo, y en una época en que todas las producciones del entendimiento, cualesquiera que sean sus formas, ejercen imperio en la opinión; los escritos que despiertan la inteligencia moviéndola á pensar y excitándola á discurrir sobre asuntos de común provecho, son útiles por igual á las costumbres y á las letras.

Discurre y falla el *Ensayo*, y al discurrir y fallar nos enseña á descoger las alas de la meditación filosófica en los inconmensurables espacios de su dominio. ¡Caso tan raro como cierto! El libro que declara impotente la razón, es él mismo

un testimonio elocuentísimo de su fecundidad y de su fuerza; y maravilla ver cómo, al paso que condena la discusión, nos ofrece en todas sus páginas una prueba más, sobre las infinitas que ya existen, de que sin el público debate que avigora, depura y dirige á buen término el razonamiento, carecerían de sanción la verdad, de correctivo el error, de luz y vida el mundo.

En suma, considerado el *Ensayo* sólo con relación á la persona del autor, bien se puede decir que el libro es el hombre; porque allí vive éste, respira y habla; allí se nos viene á los ojos con su manera propia de escribir y de pensar; allí se difunde con ímpetu libre rompiendo todo linaje de compuertas. El libro es él, todo él; con sus grandes defectos, con sus grandes cualidades: siempre grande.

Un ingenioso escritor español ha dicho del marqués de Valdegamas que había en él mucho de poeta y mucho de filósofo: y lo que no tenía de filósofo le sobraba y estorbaba para ser poeta, así como lo que tenía de poeta le sobraba y estorbaba para ser filósofo.

¿Son por ventura incompatibles, según esto, las dotes de ingenio que piden la poesía y la filosofía?

Tan lejos estoy de creerlo así, que tengo por cierta la opinión contraria; pues, á lo que entiendo, ni todo es pura inspiración en el poeta, ni todo pura abstracción en el filósofo. El uno, sin ejercicio viril del entendimiento, sin meditación, sin razonada observación de las cosas y los hombres, sin filosofía, sólo conseguirá comunicar un soplo de efímera vida á las creaciones fantásticas de la imaginación desordenada, de la pasión sin regla, del pensamiento sin ley: ó bien, circunscrito á la imitación servil de la naturaleza, idólatra de lo sensual y lo plástico, nunca abrirá al entendimiento los horizontes infinitos del espíritu, ni comprenderá siquiera la casta y luminosa serenidad que eternamente resplandece en las obras del arte verdadero. Por lo tocante al filósofo, si no tiene imaginación que le haga sensible á las escenas de la naturaleza y del mundo, ni intuición de la belleza ideal, ni entusiasmo, ni poesía, ¿qué otra será jamás sino un forjador de estériles quimeras, destituído de elevación y de elocuencia? No se comprende que Dios conceda sus más ricos dones para que se neutralicen ó se excluyan. Más me inclino á pensar que de tarde en tarde favorece con ellos á algunas inteligencias privilegiadas para que pueda vislumbrar en

armonioso conjunto la belleza y la verdad de sus divinas obras.

Y es lo cierto que el autor del *Ensayo* poseía y ejercitaba con igual maestría las dos fuerzas ó facultades extremas de la mente: es á saber, el razonamiento y la imaginativa; y que por un raro privilegio, concedido tan sólo á los ingenios vigorosos y fecundos, veía instantáneamente y de lleno las cuestiones, descifrando lo que tienen de particular ó general, de relativo ó absoluto, de necesario ó de contingente.

Si no contaba su inteligencia entre las que abarcan muchas ideas distintas, ó para compararlas, ó para someterlas á síntesis profundas; si esclavo de su propio entendimiento, no veía casi siempre más que un solo lado de las cosas, ó un solo orden de conceptos, acreditándose así menos que de libre pensador de insigne lógico; poseía, no obstante, aquel género de capacidad que concibe y desenvuelve todas las aplicaciones de un principio, de un sistema.

Asienta una premisa, y nadie le aventaja, que antes bien excede á todos en sacar de ella el caudal completo de sus precisas consecuencias; y como no tiene miedo de sí mismo, ni del mundo, ni de lo que, á su juicio, es la verdad, arrostra

con todo, no ceja ante las apariencias de la paradoja, ni transige con sus adversarios, ni da tregua á los sistemas que impugna, ni pone la consideración y mira en otra cosa que en sacar triunfantes del combate sus leales convicciones.

Afirma con resolución y niega con imperio, porque se llama campeón del dogma, y el dogma no se manifiesta por medio de afirmaciones ó negaciones magistrales y absolutas. Su dialéctica acosa á sus contrarios y les encierra en un círculo de fuego; y con todo, no empece en ella lo inflamado á lo exacto, lo vehemente á lo sutil, lo valiente y grandioso á lo templado y galante.

Más dado á la acometida que aficionado á la defensa, es consumado, como todos los grandes tácticos intelectuales, en el arte mañero de atraer á su propio campo al enemigo obligándole á aceptar sus armas y estrategia.

Versado en las letras sagradas y profanas, distingue y caracteriza con tino y admirable sagacidad las religiones y los sistemas filosóficos, las escuelas y los maestros, las ideas y las tradiciones, las cosas y los hombres, las circunstancias transitorias y el rico, variado y complexo carácter de los tiempos.

Apoyado en el principio que sirve de fundamento á su doctrina, y puestos los ojos en el cielo, levanta el tono hasta donde remonta el pensamiento, y vuela éste, majestuoso y sereno, de los últimos efectos á las primeras causas, de lo temporal á lo eterno, de lo conocido á lo desconocido, del hombre á Dios, *penetrando* (como él mismo dice bella y pintorescamente de Vico) *en las misteriosas fuentes del río de la humanidad, escondidas más allá de los inciertos albores de la historia y de las ráfagas de luz intermitentes y engañosas de la fábula.*

Estas son las cualidades de filósofo que brillan en el señor marqués de Valdegamas; y cierto, en la aplicación que ha hecho de ellas no le reputo inferior á los maestros de la escuela neo-católica francesa.

Ni fué menos bien abastado por la suerte en dotes de poeta, como lo testifican, al par que sus escritos, sus discursos; que pues todo talento brota, como de fuente viva, de gérmenes innatos, en él lo eran el espíritu religioso; el amor á las verdades morales; el gusto á lo sobrenatural y maravilloso; la pronta y lúcida percepción de lo bello; la facultad eminentísima de generalizar las ideas y de idealizar los objetos y las afecciones; la propensión irresistible á los contrastes, y aque-

lla fina sensibilidad que si tal vez somete indefenso al hombre á la influencia de impresiones peregrinas, movibles y caprichosas, le da en cambio el calor de alma y la vivacidad de pensamiento, que son, para las obras del arte, lo que para las flores el sol, la tierra, el cielo.

Pues bien; el libro á cuya formación concurrieron tales y tantos elementos no peca porque su autor los haya empleado de manera que unos á otros se embaracen, desautoricen ni desluzcan.

Si consideramos el fondo de la obra, veremos no ser ésta más que un nuevo, aunque elocuentísimo, alegato en el proceso que de tiempo inmemorial, sin término, sin juez y sin esperanza de sentencia, sigue la razón consigo misma, con Dios y con el mundo. Porque si en este proceso es presuntuosa la razón que se califica de infalible, la que se tiene por incompetente para conocer y fallar es absurda y cae en contradicción cuando conoce y falla. Si en él se apela al dogma, la Iglesia, como su única y legítima guardadora, declara, define y no discute.

Tratado han de teología, filosofía y política cristiana, entre otros varones eminentes, San Pablo, San Agustín, San Clemente de Alejandría, San Irineo, San Anselmo y Santo Tomás de

Aquino, denominado, con razón, el Ángel de las Escuelas; pero, ¿qué ojos de hombre verán nunca más ni mejor que vieron en materias religiosas, eclesiásticas y aun literarias, los de aquellas águilas divinas, demoledoras del mundo antiguo y columnas fortísimas del nuevo? ¿Quién, en asuntos de fe, se atreverá á creer donde ellos dudaron, á dudar donde ellos creyeron, á afirmar ó á negar donde ellos negaron ó afirmaron?

Y si apartamos respetuosamente la cuestión del dogma y de sus interpretaciones ortodoxas para trasladarla al campo en donde luchan sin descanso las memorias de lo pasado con los presentimientos de lo futuro, ¿quién posee el secreto de Dios? ¿Quién puede antever y señalar el rumbo que desde el principio de los tiempos ha señalado su dedo omnipotente al viaje, atribulado y azaroso, sí, pero también espléndido y sublime, del hombre y de la humanidad sobre la tierra?

No busquemos, pues, explicaciones sutiles ni recónditas para efectos que las tienen fáciles y llanas en la naturaleza misma de su asunto. Interpretar la doctrina católica; someter al raciocinio los misterios de la religión para inquirir los designios de Dios, y declarar por medio de la nues-

tra limitada su sabiduría infinita; penetrar en el recinto de la fe, poniendo forzosamente la planta sobre la imborrable huella que dejaron en su suelo los grandes maestros de la ciencia cristiana; querer construir de raíz el edificio de lo presente y de lo futuro con los escombros de lo pasado, y tremolando la bandera de la tradición, pretender que el género humano se ampare de su sombra y que retrocedan las corrientes de la civilización á sus orígenes, era empresa sobrehumana que únicamente un grande ingenio podía concebir, y cuya sola traza es un prodigio, salvo que llevarla á cumplido remate y término dichoso rayará siempre en lo imposible.

Fuélo, en mi sentir, para él; mas no sería justo que quedase por su cuenta lo que debe mayormente atribuirse á la materia de su escrito. Constreñido por ésta, y por su propósito, á filosofar sobre misterios y dogmas religiosos, dió á la religión cierta forma y lenguaje de filosofía, y á la filosofía un cierto término de misticismo dogmático; con lo que hubo de privar á la una de su sencilla majestad, y atavió á la otra con arreos que desdicen de la sobria y severa dicción que la conviene.

Demás de esto, cuando el entendimiento humano se empeña en explicar lo que se tiene en opinión de inexplicable, ó lo es de suyo, semejan sus esfuerzos á una como gimnástica del espíritu de que resulta vencida siempre la lógica natural de la verdad por la dialéctica artificiosa de la fantasía. Nada parece entonces cierto.

Piérdese la confianza; ocupa en el ánimo la duda el lugar de la creencia; toma aspecto de paradoja la verdad, de sofisma el razonamiento, de oropel y pompa vana la bizarría del estilo; hasta que, cansando el lector, ó el oyente, acaba por considerar la controversia como un puro conjunto de especulaciones aéreas forjadas por la mente perdida en los campos sin límites del amor extático ó de las cavilaciones metafísicas.

Tal como éste es el juicio que han formado algunos del *Ensayo*, sin duda por no advertir que el libro parece pequeño sólo porque Dios y la religión son inefablemente grandes; con lo cual, una vez más se nos demuestra que el espíritu escudriñador de las altas cosas divinas es siempre, y por todo extremo, limitado, al paso que el corazón que se abre entero á su amor y reverencia es infinito.

Y así y todo, algo muy provechoso, elevado y

excelente debe contener una obra que ha obtenido de nacionales y extranjeros muestras tan relevantes como insólitas de aplauso, y que ha sido parte para que se inscriba el nombre de su autor en el registro que conserva el de los inmortales defensores de la fe cristiana.

Gloria ésta, señores, á todas luces merecida, pues tiene el *Ensayo*, entre otros méritos, el de ser una noble, pura y desinteresada inspiración de conciencia, no un libro de vanidad ni granjería. Atormentado por una persuasión vacilante que á tiempo dormía, á tiempo despertando, amenazaba (género de persuasión que es el mayor de los tormentos morales), nuestro ilustre compatriota buscó y halló reposo para el alma atribulada refugiándose en el impenetrable asilo del Santuario.

Del mismo modo que Pascal, vió que la duda es estéril, y creyó: comenzó por rendir culto á la razón, y paró en echar por tierra, no sólo el ara y el templo, sino el ídolo. No se conformaba su espíritu inflexible con los partidos que transigen, ni con las opiniones que contemporizan, ni con los sistemas que se forman á retazos, como vil ataracea de principios diferentes entre sí; y repudió el eclecticismo, que antes había

sido su escuela filosófica y su doctrina predilecta de gobierno.

Estudió la sociedad, meditó las revoluciones, vió el uso que hacían los hombres de la libertad y del entendimiento; y persuadido de que el mal y el error acaban siempre por sobreponerse al bien y á la verdad, pidió al régimen absoluto su dominio, y á la sola divina religión su égida salvadora.

¿Dónde están, pues, la veleidad é inconsecuencia de opiniones que se atribuyen al marqués de Valdegamas? El *Ensayo*, á buena fe, era, y tenía que ser, el término preciso de su carrera filosófica; bien así como fueron jornadas de este viaje intelectual todos sus escritos y discursos anteriores.

Y en hecho de verdad, para ciertos espíritus sutiles y curiosos no hay puerto donde se remedien de las tristezas y zozobras de la duda, si no es el de la religión; atento que, desesperando la mente de penetrar lo incomprensible, halla que el dogma, á la ventaja de explicarlo todo, une la de domar el entendimiento con la fe, sosegar el corazón con la esperanza, y alumbrar el alma con la llama en que, según la poética expresión de Malon de Chayde, *se enciende y no se quema*,

arde y no se consume, apúrase y no se gasta.

Nótase, además, que muchos graves motivos debían inducir al marqués de Valdegamas, cuando no á profesar, á aparentar la mal entendida consecuencia que consiste en sostener siempre lo que un tiempo se creyó, y ya no se cree (donosa manera de virtud, muy al uso); y ello sin más que irse tras el hilo de la gente por el camino de sus primeras opiniones.

Solicitábanle, con efecto, á hacerlo así, la medra y crédito que esas opiniones le habían granjeado, el aliciente poderoso del aplauso de sus antiguos amigos, la ventaja de probar en libre estadio las fuerzas del espíritu entregado á sí mismo, la influencia del siglo, el ejemplo de varones doctos, los halagos del mundo, la traidora sonrisa de la popularidad.

Y ¿qué hizo? Lo que no todos (y con paz sea dicho) harán siempre en igual caso: escuchar y seguir la voz de su conciencia, dejando la vía ancha y descampada de la ambición vulgar por la angosta y agria del legítimo merecimiento: dar suelta á la índole de su ingenio, á la naturaleza de su carácter, al temple de la sangre: romper con mano valerosa sus viejas ligaduras.

En esta nueva senda debían salirle al encuentro la envidia y la maledicencia para denostarle; las preocupaciones y el orgullo de las escuelas contendientes, para hacer mofa y escarnio de su entendimiento; los amigos, convertidos en enemigos, para quebrantar su corazón.

Él lo sabía; y, sin embargo, publicó el *Ensayo*. ¡Nueva recomendación de una obra que ya califican y ennoblecen otras prendas; pues, considerada bajo el aspecto en que ahora se nos muestra, no es solamente un libro, sino (lo que es más para Dios, y debe serlo para los hombres) una buena acción y un rasgo de heroísmo.

Pero en la rica naturaleza moral é intelectual de D. Juan Donoso Cortés cabían, sin estorbarse ni dañarse unas á otras, todas las excelencias del corazón y del espíritu; pues es bien sabido que entre las dotes de pensador católico, de filósofo cristiano, de dialéctico profundo al par que ágil en la lucha, sobresalían las de hábil profesor, las de orador bizarro, las de escritor elocuentísimo.

Que tan viva, impetuosa y perspicua fuese su manera de producirse y de explicar en cátedra, pueden decirlo todos aquellos que oyeron y admiraron en el Ateneo de esta Corte sus lecciones de *Derecho político*.

ÍNDICE

Páginas.

BARALT..... 7

I.—*Memoria sobre un templo druida descubierto en las cercanías de Antequera*, por D. Rafael Mitjana.—*Estudios históricos y políticos sobre los judíos de España*, por D. José Amador de los Ríos.—*Colección de los opúsculos de Fernández de Navarrete.—Teatro escogido de Tirso de Molina*, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. *Pío IX*, por D. Jaime Balmes..... 21

II.—*Conversaciones familiares*, por M. Cormenin..... 35

III.—*La Sublevación de Nápoles*, por D. Braulio Mercado..... 39

IV.—*Algunas causas del atraso científico de España*, por D. Amenodoro Blanco. Revista científica de instrucción pública..... 43

V.—Certamen poético del Liceo.— *Odas á la Fe*. (Premio de una medalla de oro, adjudicado á D. Julián Romea.)—Reflexión preliminar... 55

VI.—..... 69

Páginas.

VII.—La oda premiada con medalla de oro.—El prólogo de D. José Zorrilla..... 83
VIII.—*La Doctrina de Proudhon.*—Polémica con *El Heraldo*..... 95
IX.—Letras de Ultramar.—El Liceo Habanero.—Un historiador y polígrafo portorriqueño..... 109
X.—*Vida y hazañas de los españoles que más se han distinguido en el servicio de la Corona en América*, por D. Angel Duarte y Rivas..... 117
XI.—Discurso de Thiers en la Asamblea constituyente el 30 de Marzo de 1849; traducción y comentarios de D. Eugenio Hartzenbusch..... 123
XII.—*Carta célebre y otros documentos*, de don Agustín Príncipe.—*Literatura política*, por D. Alfredo Loinaz..... 135
XIII.—*Un enemigo oculto*, comedia de D. Manuel Bretón de los Herreros..... 141
XIV.—Dos palabras sobre el *Bernardo*..... 145
XV.—*Cenizas*, colección de leyendas de los señores Rubí y Doncel..... 149

Apéndice.

Discurso pronunciado en la Real Academia Española, con motivo de la admisión del Sr. D. Rafael M. Baralt, como miembro de ella..... 155

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—**(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)**

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

BIBLIOTEA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—Orestes Ferrara: *La guerra europea. Causas y pretextos.*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—Alejandro Alvarez: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 ptas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.—Julio C. Salas: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia).*—4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—Carlos Pereyra: *El Mito de Monroe.*—Precio: 4,50 ptas.
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

V.—José de la Vega: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. de Oliveira Lima: *La evolución histórica de la América Latina.* Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—Angel César Rivas: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—José Gil Fortoul: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana).*—Precio. 3 ptas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

IX.—José M. Ramos Mejía: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas

X.—Pedro M. Arcaya: *Estudios de sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. Monsalve: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—Fernando Ortíz: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV—José Nicolás Matienzo.—*El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
Precio: 5 pesetas.

XV.—Eugenio María de Hostos: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. Lastarria: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—Cecilio Acosta: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—William R. Shepherd: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—Emilio Rabasa: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Exsenador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—Alejandro Alvarez: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—José Ingenieros: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad de Buenos Aires.
Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—Carlos Pereyra: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMERICA

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD